

RELATOS PARA ANTES DE DORMIR

Mariano Marroqui Castell

Image not found.

Capítulo 1

La última marea

En el lugar donde tenía previsto colocar la cabeza, dejó bien asentada sobre la arena una sandía cuyo volumen y peso se le antojó similar.

Se sentó unos metros más atrás y observó relajadamente el vaivén suave con el que las olas mecían el mar. Nunca le gustó demasiado el contacto con la pegajosa arena de la playa, por lo que se entretuvo largamente en retirar de sus manos y ropas la que se le había quedado adherida.

En el horizonte, el sol se acercaba suavemente a la línea por donde en poco rato se perdería por penúltima vez.

Calculó mentalmente los ocasos que llevaba a cuestas, siempre le gustó jugar con los números, se le daba bien, aunque nunca sobresaliera en los estudios, las matemáticas le fascinaban. Treinta y ocho años y seis meses, treinta y ocho por doce meses, y seis meses más... treinta y ocho por diez trescientos ochenta y treinta y ocho por dos setenta y seis... cuatrocientos cincuenta y seis, mas seis, cuatrocientos sesenta y dos ocasos.

Claro que de todos ellos no era consciente, pero habían sucedido, uno tras otro, desde aquel día primero en que a su madre, literalmente, se le cayó del vientre. Porque más que nacer, Calisto apareció de pronto mientras su progenitora se acuclillaba tras unos arbustos con la intención de miccionar.

Calisto, nombre de origen griego, según averiguó, de significado el mejor y más valiente. Qué ironía pensó.

Las olas comenzaban a rozar ligeramente la colorada redondez de la voluptuosa fruta.

Tenía tan poco que recordar de todos aquellos atardeceres, que se le figuraron demasiados, los cálculos estaban bien, pero la sensación era de habérselos perdido casi todos. Los de la temprana niñez e infancia apenas los recordaba, tan sólo vagas imágenes, como fotografías en sepia que ilustraban un álbum de sinsabores, con demasiados claroscuros que herían muy profundo. Y los de la adolescencia fueron peores. Todavía dolían las cicatrices que laceraban su cuerpo, ahora dolían por dentro, el peor de los dolores.

Fallecida su madre en el segundo parto, cuando él solo contaba años con una mano, en todos los recuerdos siguientes estaba presente el fuerte

olor a alcohol y el fuerte dolor de un viejo cinturón de cuero.

El oleaje comenzaba a envolver plenamente la sandía, la rodeaba de espuma y se retiraba apenas medio metro, en el reloj eran las nueve y cuarto, el sol hacía unos instantes que desapareció y aunque quedaban reflejos rojizos en el cielo, ya costaba no perder de vista la figurada cabeza de Calisto sobre la arena.

Era la temida oscuridad de todas las noches, de las cuatrocientas sesenta y dos anteriores y de la que se avecinaba. La tiniebla que traía incansable todas las pesadillas de la vida. No hallaba, cuando lo intentó, hacía tiempo ya, ningún resquicio por donde entrara un mínimo halo de luz que le hubiera servido de guía, que le hubiera alumbrado para no verse abocado a tan drástica decisión.

Ahora ya no buscaba luces, ya no las necesitaba, bastaba pensar con el ocaso último, con que le envolviera la penumbra de un atardecer y le llenara todo su ser de mar, ola a ola.

No dejaban de golpearle en las sienes las palabras de su padre, cuando entre correazo y correazo le gritaba "¡Tendrás que haberte ahogado en los líquidos de tu madre antes de nacer!"

Al principio era muy pequeño para entender que quería decir aquella extraña y perturbadora sentencia, y con el paso de los años la escena del ahogamiento en el vientre de su madre se convirtió en la constante pesadilla que le despertaba sudoroso noche tras noche.

Con aquellos pensamientos se percató de que la marea había alcanzado a cubrir completamente la fruta, se levantó, avanzó hasta donde la suponía medio enterrada, el agua todavía era fría en esa época del año pero no le importó la sensación, que de algún modo le ahuyentó la tóxica visión fetal que le embargaba. Localizó la sandía y la alzó frente a su rostro, como si tratara de preguntarle por su experiencia con las olas, luego caminó con paso firme, a pesar de la oscuridad, por las rocas que conformaban la bonita cala que había elegido para sus pretensiones. La llamaban la Cala de los muertos en el pueblo, parece ser que por qué tiempo atrás aparecieron en ella varios cadáveres del naufragio de un pequeño barco pesquero. Le satisfizo comprobar que absolutamente nadie había pasado por allí en las más de dos horas que estuvo, lo último que hubiese querido eran espectadores que interrumpieran sus planes.

Regresó a casa y esa noche sólo cenó parte de la sandía, también desayuno sandía al día siguiente, y a medio día solo comió sandía, no hubo cena aquella tarde, estuvo dormitando toda la sobremesa, una larga siesta que se alargó hasta las seis, luego anduvo ordenando ligeramente el apartamento y finalmente se decidió a sentarse y escribir, en la parte trasera de la hoja del calendario una brevísima despedida, dedicada a sí

mismo.

“Me marchó ya, es hora de abortar este camino que no conduce a ninguna parte, no quedan motivos para continuar, ninguno que merezca seguir soportando el dolor de los días y el miedo de las noches”

Dio una vuelta más por las habitaciones, casi todo estaba empaquetado y etiquetado convenientemente, como si de un traslado de vivienda se tratara, en una caja se podía leer ‘vajilla frágil’, en otra, que acarició fugazmente se leía ‘fotos de Ángela y Lucas’.

Ángela había venido a su vida cómo un bálsamo que fuera a paliar todos los viejos dolores que le atormentaban, era un torrente de alegría, no cabía en ella ni un minuto para el desánimo, nunca la vio triste, nunca la sintió defraudada por la vida, nunca dejó el más mínimo resquicio para que se colara entre ellos la negatividad que a él le envolvía hasta encontrarla.

Y Lucas, que les acompañó siempre, atento cada minuto parecía intuir con antelación sus necesidades, amable y alegre en todo momento, amigo fiel que siempre dio todo sin pedir nada a cambio.

No sabía nada de él desde el funeral de Ángela, le había visto fugazmente aquella tarde, sin poder prestarle demasiada atención, pero cuando volvió a casa ya no estaba, y por más esfuerzos que hizo por localizarle, nunca lo encontró.

Era la hora ya, pensaba ir caminando hasta la cala, por dejar el coche en la cochera, había como una media hora desde su casa y el trayecto por los caminos entre pinares era agradable, recordó en cada rincón de los senderos, cuantas veces había hecho ese recorrido con Ángela y Lucas, incluso el día antes del fatídico quince de mayo.

Ángela era una deportista muy activa, aquella mañana, como tantas, a las seis en punto salió del garaje con su bici, no sin antes dedicarle unos de sus delicados besos de buenos días a Calisto que dormía plácidamente, poco amigo de las bicicletas.

A las siete y media sonó como de costumbre el despertador, Calisto se incorporó de inmediato y preparó el desayuno para los dos, Ángela tardaría apenas diez minutos en regresar, siempre hacía el mismo recorrido y tenían muy cronometrado el tiempo.

A las ocho no había vuelto, pensó que habría tenido algún pinchazo y estaría al caer, pero a las ocho y media, sacó el coche del garaje e inició el mismo recorrido que ella acostumbraba. A apenas ochocientos metros

de casa encontró una patrulla de la Guardia Civil aparcada en el arcén de la carretera, una ambulancia y coche de atestados; el corazón se le aceleró hasta la taquicardia y sintió que aquella situación tenía que ver con Ángela. Paró el coche unos metros más adelante y se dirigió a un guardia civil que estaba controlando el tráfico, pues los coches invadían parte de la calzada.

El golpe mortal que le propinaron la había lanzado por el barranco, la bici todavía se encontraba destrozada veinte metros más abajo pero ella ya no estaba allí, la habían trasladado al hospital, el guardia civil me anticipó que me preparara para lo peor.

En la ambulancia pudo ver a un hombre joven, siendo atendido por los sanitarios y un coche rojo, aparcado en arcén con claras abolladuras en un lado y el cristal del parabrisas.

Las piernas no le respondían a Calisto, quería llegar al coche y los quince metros que le separaban de él le parecieron una maratón, cuando entró se apoyó sobre el volante, Lucas se había quedado dentro y le miraba fijamente.

Las noticias dieron a la mañana siguiente cumplido parte de lo sucedido, un joven que regresaba de una fiesta, triplicando la tasa de alcohol y con claros síntomas de haber tomado alguna droga sesgó la vida de una joven de veintinueve años, vecina de la localidad, atropellándola cuando regresaba de su diario entrenamiento en bici, arrojándola barranco abajo más de veinte metros.

Calisto no llevaba más que una pala, iba vestido con un bañador y una camiseta de tirantes, llegó con lágrimas en los ojos por el recuerdo del asesinato que le arrebató lo único que le hacía seguir adelante cada día.

Buscó el sitio exacto donde estuvo con la sandía el día anterior, y en el mismo lugar donde la colocó, comenzó a cavar un hoyo con la pala. Cavó sin descanso hasta comprobar que sentado a lo buda, quedaba la cabeza justo por fuera del orificio.

Había dejado toda la tierra excavada justo alrededor de la fosa, para una vez dentro, poder cubrirse con ella hasta enterrarse hasta el cuello, luego las olas harían el resto, no se ahogaría en el líquido de su madre, pero lo haría en el líquido de la tierra.

Tiró lejos la pala y se desnudó, quería marcharse igual que vino, sin nada. Llorando encontró la vida el día primero y llorando encontraría la muerte el día último.

Sollozaba mientras iba introduciendo con las manos la tierra y compactándola bien para que no le fuera fácil salir de aquella arenosa tumba, pero no sollozaba de miedo, ni de tristeza, era un llanto de dolor profundo, lloraba todas las heridas de por fuera y por dentro y sobre todo lloraba por Ángela.

Perdió la noción del tiempo, pero la situación del sol, que ya empezaba a perderse por el horizonte marino le hizo comprender que en apenas una hora por fin todo habría llegado a su fin.

Sintió en su cuerpo el frío de la arena mojada, cerró los ojos y dejó que las cosas fluyeran.

El agua ya había comenzado a llegar a su cuello, incluso alguna ola, más atrevida, le salpicaba la cara y le mojaba los labios. Poco a poco otras olas se unieron a las primeras y comenzó a sentir en su cara el salado sabor de cada una de ellas, instintivamente cerraba los ojos y la boca, hasta que comenzó a tener que respirar sólo por la nariz.

Quiso no pensar en nada, pero su corazón se aceleraba por momentos y por su mente pasaban muchas imágenes mezcladas, su padre, Ángela, su hermana pequeña a la que apenas conoció porque fue dada en adopción a una pareja extranjera para que su padre, acusado de malos tratos y vejaciones no pudiera tener acceso a ella, la bici destrozada que quedó colgada en el garaje, Lucas....

Creó entonces oír voces lejanas, sonidos que no podía distinguir, pero que en cuestión de segundos fueron mas y mas perceptibles, hasta que el agua le cubrió también la nariz y sintió como le penetraba y le iba llenando, quitandole las últimas posibilidades de tomar aire.

Sintió que alguien chapoteaba a su lado, pero era ya noche cerrada y no sabía exactamente el origen del trasiego que notaba... hasta que sintió la humedad de una lengua recorrerle la oreja una y otra vez y reconoció los aullidos inconfundibles de Lucas.

Ladraba y chapoteaba a su alrededor, parecía insultarle, recriminarle, nunca le había notado tan agitado, comenzó a escarbar a duras penas bajo su cabeza con las patas, ladrando cada vez con más fuerzas.

Lucas, desaparecido, no le había abandonado, había regresado quizá intuyendo el desenlace que se avecinaba, quizá había estado todos estos meses intentando sobreponerse a la muerte de Ángela y ahora volvía resuelto a comenzar de nuevo.

Calisto se agitó violentamente dentro del hoyo y la arena cedió con facilidad, pudo sacar un brazo y apoyarse para levantar la cabeza hasta

tomar una urgente bocanada de aire.

Lucas le lamía el rostro, sentía su agitación, sus ladridos ahora semejaban sollozos.

Estaba desnudo, el oleaje había extraviado sus ropas, se sentó sobre una enorme piedra de la cala y acarició y abrazó a Lucas, que le respondía con mas lametones y rítmicos movimientos de cola.

-¿tienes hambre amigo?

Vamos a casa.

Capítulo 2

Ha sido él

No podía conciliar el sueño aquella noche. Pensó que el exceso de la cena le estaba pasando factura; tampoco la intensa calor ayudaba, el ventilador apenas movía de un lado a otro un aire denso y húmedo que no hacía sino enrarecer el ambiente de la estrecha habitación.

A lo lejos se oyeron tímidamente las campanas justo cuando Angel miro por enésima vez su reloj, eran las dos en punto de la madrugada. Se revolvió de nuevo en la cama, buscando la postura que más le indujera al sueño, Necesitaba descansar, el viaje había sido largo y extenuante y por delante le quedaba un día duro.

Aunque había llegado ya de noche cerrada a la pensión, se le antojó muy cambiado el pueblo, hacía veintitrés años que salió de allí y nunca reunió las fuerzas necesarias para volver.

En el profundo silencio nocturno, acalladas las campanas creyó oír algo al otro lado de la habitación, contuvo la respiración y agudizó el oído y Durante unos segundos no oyó nada pero justo antes de no poder aguantar más sin respirar

Volvió a escuchar una especie de gemido, un sonido ahogado, entre sollozo y grito.

El dueño de la pensión le había comentado que ninguna otra habitación estaba ocupada aquella noche.

Pegó la cara contra la pared y esperó unos instantes, pero no volvió a repetirse aquel extraño sonido y agotado se acomodó para buscar el sueño.

Una tenue luz entraba por entre las rendijas de la persiana, tenue pero lo suficientemente molesta como para aumentar todavía más su estado de nerviosismo. Siempre gustó de oscuridad total para dormir y aquel reflejo de la farola exterior le empezaba a irritar hasta el límite.

De nuevo aquel quejido le sorprendió cuando buscaba la forma de mitigar la iluminación, ahora sonó como si saliese de su propio cuarto de baño y no estaba seguro de si eran sonidos de placer o de dolor, gemidos apagados, que le parecían llanto, o risas, o ambas cosas.

Se sobresaltó al percibirlos tan cercanos, saltó de la cama y descalzo y desnudo, como le gustaba dormir, se dirigió al cuarto de baño, en el otro extremo de la habitación, encendió la luz y tuvo que cerrar los ojos un instante para adaptarlos a la intensa bombilla que colgaba del techo.

Cuando los abrió de nuevo, una corriente de aire le golpeó el rostro y sintió durante un segundo una extraña sensación de frío en la espalda.

Pero en el baño no había ventanas, no se explicaba cómo se generó aquella extraña brisa que le 'atravesó' el rostro. Entró buscando su procedencia , ¿podría haber venido de la rejilla de ventilación?.

Se acercó a ella y prestó atención de nuevo pero en ese momento le

pareció escuchar a sus espaldas de nuevo un lamento, como una queja agonizante, y a continuación el sonido de sábanas o ropas rozándose entre ellas o sobre la cama.

Pensó que los nervios por no poder dormir le estaban jugando una mala pasada, salió del baño y a tientas, porque había apagado la luz y ahora sus pupilas estaban totalmente contraídas, localizó la botella de agua que tenía sobre la mesilla, bebió con avidez todo el contenido y se echó sobre la cama.

Empezó a creer que, efectivamente, regresar al pueblo no había sido una idea demasiado acertada, algo le inquietaba; le había costado mucho decidirse, para él no era fácil reencontrarse con su pasado, y aunque allí casi no le quedaba ningún familiar, salvo una prima de sus padre, y un primo suyo del que no tenía noticias, sí que sabía que se encontraría con antiguos amigos de la juventud, que seguían viviendo allí o se trasladarían como él, expresamente para la ocasión, y era consciente de que muy a pesar suyo no le quedaría más remedio que saludarles y confraternizar con ellos.

Él era una persona muy retraída, lo sabía, lo reconocía y era consciente de los problemas que ello le causaba, pero ya a sus más de cincuenta años era imposible que cambiara. Tenía su mundo, en él había creado todo lo que ahora era, y en él se sentía cómodo. Había casi olvidado el pasado y este inesperado viaje se lo estaba reavivando desde las entrañas mismas de sus más recónditos sentimientos.

Le costó mucho esfuerzo decidirse a volver, en realidad no sabía muy bien que impulso le llevó a tomar la decisión, pero empezaba a sentir que se arrepentía de haberlo hecho.

Eran muchas las cosas que olvidar de aquellos años, sabía que algunas viejas heridas nunca habían sanado del todo, y que era muy probable que sangraran de nuevo ahora.

No pudo evitar recrear a Sonia en su mente, hacía mucho que había conseguido apartar de sus pensamientos la figura adolescente de la muchacha que un día lo ocupó por completo.

Ahora los dos años más intensos y felices de su vida volvían a él como una película de nodo, como si no hubiera sido él el protagonista y ella la heroína que le hizo sentir y vivir la experiencia maravillosa del primer amor de su vida. En realidad del único amor de su vida, porque ya nunca ninguna relación posterior fue lo mismo.

Estaba claro que aquella noche iba a pasarla velando recuerdos, era imposible dormir y se convenció de que debía contentarse con relajarse y dejarse llevar por las horas nocturnas que todavía quedaban hasta las

ocho que tenía previsto bajar a desayunar.

Se percató entonces que el intenso calor que hacía en la habitación había remitido, es más empezó a sentir un frescor extraño, un frío que le erizaba la piel. Apagó el ventilador pero la temperatura de la habitación bajaba por momentos; sabía que allí en el pueblo la temperatura en aquella época del año apenas bajaba de noche, que el calor era insoportable a todas y por supuesto la habitación carecía de aire acondicionado, sin embargo notó una sensación de frío tan intensa que tuvo que echarse la sábana por encima, incrédulo ante tal situación, ya que minutos antes sudaba agobiado por la calima.

Y la sábana no solucionaba gran cosa, cada vez la sensación de frío era más intensa, algo extraño estaba pasando y se decidió bajar a recepción a ver si había alguien de guardia a aquellas horas para pedir explicaciones.

Se puso la camisa que tenía colgada de la silla y los pantalones, sin la ropa interior y se dispuso a salir de la habitación.

La manilla de la puerta no cedía, tenía la llave puesta por dentro y le había dado una vuelta cuando entró, pero ahora no giraba en ningún sentido y la maneta parecía bloqueada.

Entonces volvió a escuchar aquel sonido, ahora mucho más intenso, que de nuevo parecía provenir del baño, Angel se quedó helado, por dentro y por fuera; ahora estaba claro que aquello había sido un quejido agónico, de dolor intenso, como si alguien estuviera sufriendo algún daño. Luego escuchó llantos de forma muy clara. Salían del baño, estaba seguro.

Intentó forcejear con la puerta, la llave y la maneta estaban realmente frías, tanto que quemaba tocarlas, se apartó de la puerta y sin quitar la vista del cuarto de baño, cogió el teléfono de la mesilla de noche.

Extrañamente comprobó que se había descargado por completo la batería y estaba apagado, aquello empezaba a agobiarle sobre manera, tomó su chaqueta para poder asir con ella la maneta de la puerta, la sensación de frío en la habitación era cada vez mayor.

La puerta no se abría. La golpeó varias veces para ver si alguien le oía pero resultó inútil, entonces pensó en la ventana, pero al dirigirse a ella, la sangre se le heló al sentir una sombra moverse en el interior del baño.

No había sido una alucinación, alguien pasó por delante de la bombilla proyectando momentáneamente una sombra hacia la habitación,

pero era imposible, allí no podía haber entrado nadie.

Sintió flaquear las rodillas, no podía concentrarse porque cada vez estaba más helado, ahora no sabía si acercarse al baño o a la ventana, decidió lo segundo pero comprobó que la cinta de la persiana estaba quebrada y ni subía ni bajaba más.

Entonces, sintió en su espalda como si algo o alguien le hubiera rozado, se quedó petrificado, durante unos segundos no fue capaz de moverse, a él se le antojó una eternidad.

Giró la cabeza despacio, sacó fuerzas sin saber de dónde y caminó lentamente hacia el baño, nadie había allí pero aquello parecía un congelador, todo estaba empañado, no empañado de vaho sino con una película como de hielo, se dio la vuelta para salir y en ese instante le pareció que en el espejo se reflejaba algo, cuando se giró encontró en él una frase escrita sobre la escarchada superficie : Ha sido él.

Volvió a escuchar el quejido y llanto, esta vez venía claramente de la cama, incluso podía oír de nuevo el sonido de las sábanas.

Angel sintió un frío aterrador, corrió hacia la puerta, que cedió sin problemas y bajó las escaleras hasta la recepción.

Allí no había nadie, se sentó en un viejo sofá que había en el pequeño hall y sin saber cómo se quedó dormido.

Le sobresaltó sobremanera que alguien le tocara el hombro.

Disculpe, ¿Qué hace aquí?, ¿le ocurre algo?

Miró el reloj , eran las seis de la mañana.

No lo sé, contestó. ¿Hay algún bar abierto a estas horas por aquí?
Sí señor, en la esquina siguiente, abre justo ahora a las seis.

Angel salió de la pensión pero cuando llegó a la puerta del bar se percató que no había cogido ni el móvil ni la cartera.

En la puerta del bar vio pegada la esquila de una defunción que le produjo un fuerte escalofrío:

“Ha fallecido, a los 47 años de edad, Sonia Altares..... ”

Volvió a la pensión rápidamente y preguntó al conserje.

Oiga, he venido al entierro de Sonia Altares, ¿la conocía?
Claro, este es un pueblo pequeño, todos nos conocemos, y Sonia además

era tan joven aún...

¿Sabe usted cual ha sido la causa de su muerte?

El hombre me miró fijamente, su semblante cambió de pronto.

Sólo sabemos que debió pasarlo muy mal, por cómo dicen que la encontraron. No pregunte a nadie por ello, solo causará más dolor. ¿Usted la conocía bien?

La conocí, cuando éramos jóvenes. Voy a subir a recoger mis cosas, ¿le importaría acompañarme?

¿Y eso?

Capítulo 3

ABRÁZAME, TENGO FRIO

Era una tarde de Septiembre gris, pesada; era una plomiza tarde de final de verano, de final de muchas cosas pensaba Acacia mientras miraba a ninguna parte.

Frente a ella, por la avenida de los náufragos, no demasiado concurrida en aquellas fechas, paseaban sobre todo gente mayor, probablemente grupos de inserto que ya en temporada baja, ocupaban los hoteles y calles de la marítima villa. Al otro lado, el mar tenía el mismo gris del cielo, ribeteado de blanca espuma que se desvanecía sobre las rocas de la orilla.

Acacia adoraba un café granizado que removía ajena a cuanto pasaba a su alrededor, había salido del apartamento porque la opresión que la embargaba le impedía respirar entre aquellas paredes.

No quería pensar en nada, pero una y otra vez, la cruda escena volvía a punzarle el pecho y el amargo dolor le robaba silenciosas lágrimas que recogía a veces con el dorso de la mano o resbalaban otras hasta caer contra su pecho.

La gente pasaba; Los ancianos, paseaban de la mano sus mil historias, a Acacia le pareció imposible que un día tuviera a quien cogerse de la mano para contarse experiencias pasadas.

Llamó su atención un joven de largo cabello que casi frente a ella se detuvo, cargado con un pequeño cajón de madera, decorado como si se tratara de una peana de mármol labrado. El muchacho miró fugazmente a Acacia, sonriéndole levemente a modo de saludo, luego dejó el cajón junto a una farola frente a ella y entró en el bar.

A Acacia le intrigó aquel joven, bastante apuesto, delgado y atlético, de largo cabello castaño y sonrisa fácil.

Estaba claro que aquella peana y el vestuario del muchacho solo podían responder al hecho de que fuera a actuar en la calle, y se preguntó qué historia habría detrás de aquel joven para que dedicase su tiempo, un sábado por la tarde, a solicitar el favor de los transeúntes actuando para recoger unos pocos euros.

Algo la impulsó a quedarse en aquella terraza, esperar para ver en que se convertía aquel joven. Necesitaba distraerse, y por unos instantes se dio cuenta de que había dejado de pensar en los últimos sucesos que la

habían llevado hasta allí.

Tardó en salir más de media hora, y Acacia solo supo que era él porque se fue directamente hacia el cajón; la transformación era espectacular, desde el cabello a los pies aparecía con algún tipo de maquillaje que aparentaba barro o arcilla, parecía desnudo o con algún tipo de mallas tan ajustadas que delineaban perfectamente su cuerpo, fibroso y ligeramente musculado. Subió al cajón y adoptó una pose casi imposible, similar a la de la estatua del pensador de Rodin. Quedó inmóvil, parecía realmente una estatua, durante bastantes minutos ni un solo musculo de su cuerpo se movía, era incluso imposible percibir su respiración.

Acacia quedó hipnotizada por la transformación, sentía admiración, pero también le asaltaba una sensación de tristeza, de compasión al pensar en la dificultad de aquel espectáculo que se desarrollaba ante la mirada curiosa de los paseantes, que le dedicaban unos segundos y seguían su paseo sin darle ni un céntimo.

Tuvo que pasar un buen rato hasta que una madre que paseaba a un niño mientras le daba la merienda, sacara del bolso un euro y se lo diera para que se acercara a la estatua y lo dejara en una pequeña escudilla de barro.

Ante la sorprendida mirada del niño, la figura cobró vida y con estudiadísimos movimientos que parecían dar a aquel cuerpo textura de arcilla moldeable, el pensador levantó la cara girando la cabeza hacia el niño y haciéndole una pequeña reverencia fue lentamente cayendo sobre el pedestal, como si literalmente se derritiera sobre él hasta parecer una masa informe, permaneció así unos segundos y con la misma sensación de elasticidad fue reincorporándose hasta adoptar de nuevo la postura de la famosa escultura.

El tiempo transcurrió deprisa para Acacia, cuando quiso darse cuenta, el sol ya se había perdido tras los edificios a su espalda y el mar empezó a cambiar su claro azul tornándose gris oscuro. Ensimismada en sus pensamientos no se dio cuenta de que la estatua había abandonado su pedestal y estaba frente a ella,

Perdón, ¿puedo sentarme?

Acacia se sobresaltó y no supo qué decir, solo asintió y señaló una de las sillas.

Gracias, creo que por hoy la función ha terminado. Perdón. me llamo Hermes.

Yo Acacia.

Hermes le tendió la mano y Acacia la aceptó con cuidado, como para no estropear el maquillaje, había quedado sorprendida por la voz de aquel joven, era grave y profunda, le pareció que aquel disfraz de estatua era lo más apropiado a la cavernosa voz.

-¡Acacia!, precioso nombre, tu rostro realmente refleja su significado griego.

-¿A sí?, no sé qué significa en griego.

- Aquella que no tiene malicia.

Hermes miró fijamente a los ojos de la joven y notó de inmediato que se sonrojaba.

-Disculpa si te ha molestado.

-¡No, que va!, no pasa nada

Acacia no pudo mantener la mirada de aquellos bellos ojos azules que destacaban más si cabe entre el maquillaje rojizo del rostro, desvió la mirada y cambió el rumbo de la conversación.

-Debe ser muy difícil lo que haces, mantener esa posición durante tanto tiempo...

-No creas, un poco de práctica, algo de paciencia y algo de técnica de relajación, se aprende rápido.

Y la conversación se alargó un buen rato, Acacia agradecía enormemente su agradable compañía, se sentía relajada escuchándole y además olvidó por un buen tiempo la tristeza y rabia que la embargaban.

-Disculpa, debo quitarme todo este maquillaje, te importa si me cambio y damos una vuelta, si te parezco demasiado atrevido te pido disculpas, no siempre tengo espectadores que se queden a ver la función completa.

De nuevo sintió que se ruborizaba y se maldijo por sentirse tan vulnerable a las palabras de aquel joven.

Lo cierto es que no tenía nada mejor que hacer, así que sí, acepto tu proposición, esta es una buena hora para caminar un rato cerca del mar. Gracias, espérame un poco, me cuesta quince minutos quitarme todo esto.

De acuerdo.

Caminaron durante mucho tiempo, Hermes le contó de los motivos de encontrarse allí haciendo mimo, le explicó que hace años tuvo que salir de su país, Grecia, donde tenía un buen empleo como profesor universitario de lengua hispánica; la situación económica se degradó hasta tal punto que muchos funcionarios perdieron su empleo, a ello se unió que sus ideas políticas no encajaban en ningún partido, y en aquel en que había creído, mas le había defraudado. En las calles de Italia aprendió de un viejo actor retirado el arte del mimo, y también aquellas calles le llevaron a conocer a una española con la que se vino hasta aquí, tres años atrás, y de la que prefería no hablar.

Acacia le habló de su trabajo de animadora social, que le gustaba y le explicó que acababa de sufrir un duro golpe con un chico y una de sus compañeras de apartamento, de la que prefería no hablar.

-Pues no hablemos de lo que nos causa dolor. Háblame de tu trabajo, parece apasionante y parece apasionarte.

-Si que me gusta, mi trabajo es sobre todo con niños discapacitados....

-Perdona Acacia que te interrumpa, te importa si nos acercamos donde vivo, me ducho y cambio de ropa y tomamos una pizza, uestoy muerto de hambre!

-De acuerdo.

-Pues continua por favor, me decías que trabajas con niños...

-Si, la mayoría tienen Down, Asperger...

Caminaron hasta un edificio a las afueras, un bloque de pisos que parecía sin terminar o abandonado, Hermes empujó la oxidada puerta metálica e invito a Acacia a pasar, subieron dos pisos por una escalera todavía en obras, sin pasamanos, con los escalones medio rotos de ladrillo.

-¿Vives aquí?

-Desde hace un tiempo si, vivía con un compañero en un piso de alquiler, pero se echó novia y no me sentía cómodo con ellos, ahora no puedo permitirme alquilar nada, estoy esperando terminar de arreglar los papeles que me permitan cobrar de mi país la indemnización por el despido que nos hicieron, pero mientras llega, es lo único que he encontrado.

Entraron en uno de los apartamentos, estaba completamente desamueblado, sin ventanas, sin electricidad ni agua; en lo que debía ser

la cocina, había un camping-gas y cuatro sartenes y platos sobre una destartada mesa de playa.

-Espera un poco, voy a cambiarme.

Acacia se sentó en una de las banquetas, estaba confusa, sentía pena por la situación de Hermes, le costaba entender como había podido llegar a ella. Oyó el sonido del agua brevemente y luego solo silencio. En invierno debe hacer mucho frío aquí pensó.

Hermes apareció enseguida, de vaqueros y camiseta. Señaló a su alrededor y pareció adivinar los pensamientos de la joven.

-Disculpa el desorden -sonrió- la criada no viene hasta el lunes.

Luego se acuclilló ante ella, y mirándola a los ojos le dijo.

-Hay un momento, después del sufrimiento, en que deja de tener importancia lo que se tiene y empiezas a cultivar lo que se es. Ahora que no tengo nada, es cuando más libre me siento.

-Yo creo que no podría, -desvió la mirada hacia las ventanas- debe hacer frío en invierno aquí.

-Hace, pero el peor de los fríos ya lo superé, el de dentro. El de Enero lo llevo fácil con dos mantas. ¿Nos vamos?

-Si.

Volviéron al centro y entraron en una pequeña pizzería, pasaron mucho tiempo charlando, Acacia se sentía cómoda junto a aquel joven desconocido, le parecía tan maduro e íntegro que podría haber cerrado los ojos e imaginar que aquella embriagadora voz era la de un sabio nonagenario, sin embargo sus ojos rezumaban juventud y la seguridad que transmitía hacía que sintiera un bienestar que jamás había percibido con nadie. Es como si cuando peor estaba, un ángel hubiera venido a consolarme pensó.

Perdona, te noto pensativa, ¿ocurre algo, te aburres?

¡No, no!, disculpa, solo pensaba que hace unas horas no hubiera imaginado que iba a pasar una velada tan agradable con... bueno con un desconocido.

Entiendo. Si, las cosas suelen ocurrir así, cuando tocan, no cuando queremos.

¿Qué quieres decir?, ¿me tocaba conocerte ahora?

Bueno yo pienso que las cosas suceden siempre por algún motivo, casi siempre como respuesta o consecuencia de nuestros actos, por ejemplo, tu decisión de quedarte en la terraza para ver mi actuación; seguro que

no lo hiciste pensando que cenaríamos pizza juntos, pero ésa ha sido la consecuencia de tu decisión de quedarte.

Acacia miró ahora a los ojos de Hermes, por un momento deseó que él pudiera leer en ellos sus pensamientos. Hermes le sostuvo la mirada y añadió.

Me alegra que tomaras aquella decisión, hacía mucho tiempo que no pasaba un rato tan agradable con nadie.

Yo también lo he disfrutado.

Es tarde, creo que este local va a cerrar enseguida, ¿vamos un rato a la playa?

La verdad, lo único que no quiero es regresar al apartamento, esta noche no quisiera enfrentarme con aquella realidad.

Mala cama puedo ofrecerte yo, pero la orilla del mar relaja y nos ayudará a encontrar cómo acabar la noche.

Y les dieron las tres de la madrugada acostados sobre la arena húmeda de la playa. Acacia se dejó envolver por la cálida voz de Hermes primero, luego se dejó envolver por sus brazos cuando la madrugada se acercó con un escalofrío, y enseguida se dejó envolver por sus besos, que la cubrieron de una pasión que había olvidado.

Y el amanecer fue poco a poco iluminando con rojizas pinceladas la playa, hasta ahuyentar las sombras que desdibujaban los cuerpos.

Y Hermes derramó una lágrima sobre Acacia, a la que tenía abrazada, y maldijo con un grito salido de la ultratumba de su pecho.

Se había prometido que no volvería a ocurrir, que no volvería a hacerlo.

Apretó su mano contra el vientre de la joven y la arena se desmoronó, igual que su cabeza cuando movió el brazo que la sostenía, otra vez la maldición de la estatua de barro se cumplía y la joven se le perdía entre los dedos y se dispersaba mezclada con la playa.

Capítulo 4

UNA PALMERA DISTINTA

Amanece fresco en la sierra, incluso en pleno mes de Julio, a las seis de la mañana se siente una brisa húmeda de rocío y olores a monte, a tierra, romero y tomillo.

A Gonzalo le gustaba llegar temprano, entrar en las instalaciones y quedarse un rato en la puerta de las oficinas, contemplando las montañas de alrededor; el verde escaseaba pero todavía podían verse pequeños pinares y vegetación baja que en las laderas orientadas al norte sobrevivían trabajosamente, afanadas en aprovechar la escasa agua que recibía el lugar.

Hacía más de treinta años que Gonzalo trabajaba con la pólvora, en realidad toda su vida se hallaba envuelta de aquel característico olor, indescriptible y adictivo. Él era ya la cuarta generación de una familia entregada a los fuegos artificiales, entregada a hacer arte a través de la luz, el sonido y el color que adornaban todas las fiestas que se preciaran.

Era su oficio y también su pasión, por eso nada le orgullecía más que ver cómo sus dos hijos, Fernando y Alba, le acompañaban y se contagiaban de su entusiasmo, ya casi preparados para afrontar la responsabilidad de una quinta generación de pirotécnicos, cuyo nombre era sobradamente conocido en toda la comunidad. Incluso podían presumir de ser una de las cinco mejores de España; de ello daban buena cuenta las paredes de la oficina, repletas de títulos y trofeos de multitud de concursos y exitosas participaciones en los mayores festejos nacionales.

Fernando, el hijo mayor de Gonzalo, era ya todo un hombre a sus veinticuatro años; había asumido su papel de primogénito y se sentía feliz de la responsabilidad que sobre él recaía para asumir el reto de continuar con la empresa, más pronto que tarde. Era consciente que la salud de su padre no tardaría en impedirle llevar la carga de trabajo que ahora soportaba.

A Gonzalo se le había diagnosticado una neoplasia pulmonar, y estaba pendiente de confirmar su magnitud y tratamiento.

Alba, de 18 años recién cumplidos era sin duda la otra pasión de Gonzalo, por supuesto que sus dos hijos eran su mayor tesoro, pero Alba era tan especial, tan delicada, tan cariñosa y sensible con él. Desde que era una niña de pañales la pequeña y su padre crearon un vínculo muy especial, una conexión que nunca tuvo con su hijo Fernando.

Alba era una jovencita de aspecto frágil, delgada, muy morena de tez y cabello negro y largo, rozándole la cintura; viendo a su madre, a su hermano y a Gonzalo, se diría que Alba no pertenecía biológicamente a aquella familia, todos de ojos claros y cabellos castaños casi rubios.

Gonzalo recordaba siempre a la muchacha, enseñándole una vieja foto color sepia, que era la viva imagen de su abuela. La biznieta de la familia Antares había heredado todo de la vieja abuela Amalia, incluso su cadencia al andar o su mirada penetrante y vivaz.

Alba tenía un amor, oculto en su pecho, encerrado en lo más íntimo, una verdadera obsesión prohibida. Sabía que jamás podría ni siquiera insinuar el más mínimo síntoma de su pasión por Gonzalo. Ni ella misma podía explicarse porqué desde niña, su hermano la cautivó de algún modo que rebasaba todo lo que de fraternal pudieran tener sus atenciones. La protección que siempre sintió junto a él, sus años de infancia, siempre a su cuidado porque sus padres trabajaban en las casetas a las que ellos no podían ni acercarse.

Era consciente de que aquello era un sentimiento horrible, pero que sin embargo no podía apartar de ella, y ya adolescente, cuando todas sus fantasías más íntimas estaban siempre ligadas a su hermano, se sentía como una aberración de la naturaleza. Una y otra vez se preguntaba porque ella no podía enamorarse de cualquier chico de su clase, de su pueblo, como todas sus amigas.

Aquella mañana Alba y Gonzalo se dirigían a las instalaciones que tenían a las afueras de la población en el entorno de la sierra que abrazaba la villa. Conducía Gonzalo, como casi siempre, pero la muchacha estaba más callada que de costumbre, casi no abrió la boca en todo el recorrido y apenas contestó a Gonzalo con monosílabos cuando este le preguntó cómo de adelantado llevaba su trabajo.

Ya llegando a la empresa, Alba se decidió a preguntarle

-¿Tu sabes algo de la bisabuela Amalia, el papá te ha contado algo de ella?

-¿A qué viene eso ahora?, céntrate en tu faena, quedan veinte días para tirar la palmera y hay mucho por hacer todavía.

-iYa lo sé Gonzalo!, mi trabajo va a buen ritmo, luego pasas y te lo enseño, pero contéstame, siempre que le pregunto al papá me responde con evasivas y con las mismas anécdotas tontas que ha contado siempre.

-Yo se lo mismo que tu. Pero no entiendo tu interés por saber de ella. Yo no la recuerdo, sólo tenía cuatro o cinco años cuando murió, y la mamá cuenta que estaba embarazada de ti y que del disgusto se puso de parto

la noche que la estaban velando.

-Si, eso ya lo sabía, también me lo contó la mamá, pero nunca me hablan de cómo era, de qué hizo... sólo me dicen que me parezco muchísimo a ella, por eso quiero saber acerca de su vida.

-Pues si el papá no te cuenta nada, que era su abuela y además quien le crió de niño, sólo te queda la opción de preguntarle al tío Anselmo, los dos vivieron con la bisabuela cuando los abuelos emigraron para trabajar.

Como cada mañana aparcaron en la puerta de las oficinas y fueron a saludar cariñosamente a su padre, que ya llevaba más de dos horas trajinando por los alrededores.

-¡No se te va a quitar la manía de abrir con el amanecer papá! –Le riñó Gonzalo-

-Buenos días papá, ¿cómo te encuentras hoy?

-¡Buenos días chicos!, ¡los perdéis lo mejor!, me traigo el sol cada mañana, se levanta conmigo y verle como va dispersando las sombras de la sierra es un regalo que deberíais disfrutar todos los días.

-¡Déjalo papá! –respondieron a coro los hermanos-

Pronto fueron llegando el resto de los empleados que los Antares tenía a su cargo, doce en total.

Doce trabajadores que formaban una piña muy especial con ellos tres, era como una gran familia, muy unidos y compenetrados, lo que según Gonzalo era esencial para que una pirotecnia funcionara correctamente.

Entre los trabajadores, la hija del mejor amigo de Gonzalo, Ángela. Una joven introvertida y reservada que se había ganado el cariño de Fernando, hasta el punto de que ya Gonzalo y su padre, más en serio que en broma, se llamaran consuegros.

Hacía casi un año que Fernando y Ángela salían juntos y aunque no acababan de formalizar la relación, Alba sabía que más pronto que tarde Fernando terminaría por casarse con ella.

Alba sentía un sentimiento extraño contra Ángela; la apreciaba como trabajadora, incluso a veces se prestaba a las confidencias que su 'cuñada' le desvelaba sobre su hermano, pero en su interior Alba sentía un dolor agudo, la sensación de que aquella mujer, tan aparentemente callada y sumisa, le estaba robando lo que más amaba en este mundo.

A media mañana, cuando pararon para almorzar, los trabajadores abandonaron como de costumbre sus casetas-talleres donde manejaban la pólvora y construían la enorme variedad de artefactos que muy pronto iban a dispararse en las famosas fiestas ilicitanas. Se agruparon como solían hacer al abrigo del viejo y enorme algarrobo, centro de las instalaciones que dispuestas a su alrededor, formaban una especie de enorme plaza.

Ángela se aproximó a Alba, que también almorzaba con ellos, y se sentó a su lado; solía hacerlo, porque eran las dos únicas mujeres de la empresa y aunque a Alba no acababa de gustarle demasiado, nunca dejó entrever sus sentimientos, mas por respeto a su hermano que por cariño a su futura cuñada.

Aquel día Ángela parecía más habladora que de costumbre, se la notaba exultante para lo apocada que solía mostrarse; Alba intuyó que algo extraordinario había ocurrido y presintió que, sin quererlo, no iba a tardar en enterarse.

-Tu hermano me dijo anoche que después de las fiestas de Elche, nos vamos a vivir juntos. No hemos hablado nada de boda, pero dice que la noche de la Palmera lo hará saber a todo el mundo.

-¿Cómo que lo hará saber a todo el mundo?

-No sé qué quiso decir, imagino que esté preparando algo especial para esa noche.

-La palmera la estamos confeccionando mi padre y yo, el no está interviniendo.

-Pues no se chica, a mi también me tiene intrigada con eso.

-Bueno, me alegro por vosotros -le costó lo indecible añadir-

-Gracias Alba, creí que nunca me lo pediría.

-Me voy a seguir, queda mucho que confeccionar de la palmera y mi padre ya se está poniendo nervioso.

-Tu sabes cómo tratarlo, todos los años le pasa lo mismo y siempre te tiene ahí a su lado dándole todo, igual que con tu hermano, eres un sol.

-Gracias Ángela, solo les doy lo que se merecen.

Alba sentía una enorme opresión en el pecho que apenas la dejaba respirar, le cambió hasta el color de la cara y tan pálida la vio su padre

que se preocupó por ella.

Los días siguientes fueron, como siempre que se acercaba un evento de aquella envergadura, de duro trabajo, de infinitas jornadas, había que trabajar casi dos mil kilos de pólvora, entre mascletadas, alboradas y sobre todo la gran palmera. Los trabajadores de la pequeña empresa no escatimaban esfuerzos para que todo estuviera milimétricamente elaborado, para que una vez más, se hablara de ellos con las alabanzas y magníficas críticas que habían recibido siempre.

Alba se sentía mucho más irascible a medida que se acercaba el espectáculo, además llevaba varias noches teniendo la misma pesadilla, lo cual le producía un especial desasosiego porque siempre había pensado que los sueños eran premoniciones o avisos que recibimos de quienes ya no están pero permanecen en nosotros. Y su zozobra era mayor porque siempre era su bisabuela quien se presentaba en los sueños. La zarandeaba bruscamente para que despertara, y cuando lo hacía, angustiada por la crudeza con que recibía los empellones, le parecía notar todavía la presión en sus hombros y brazos de unas manos que la sujetaran.

Lo había comentado con Fernando y este se limitó a recriminarle que llevaba unos días muy rara, que no había quien le hablara y que todo le sentaba muy mal. Le pidió que se tranquilizara, porque la palmera que estaban elaborando era muy especial y se jugaban mucho aquel año.

-Además, estás contagiando al papá, que también lleva riñendo a todo el mundo varios días.

-Lo siento, no puedo evitarlo Fernando, todo lo que está pasando es tan raro.

-Por favor, olvida todo eso unos días, te prometo que cuando pasen las fiestas te acompaño a ver al tío Anselmo y le preguntamos por la bisabuela.

-¿Lo harás?

-Que sí, te lo prometo, le llamamos y vamos a pasar un día con él, hace mucho que no le visitamos.

-Gracias. -Alba le dio un beso a su hermano, y sólo ella sabía cuánto amor había en aquel beso-

A tres días de las fiestas, un pequeño accidente en una de las casetas le provocó a Ángela serias quemaduras en sus manos, obligándola a tener

que ser atendida en urgencias y recibiendo la baja médica.

El contratiempo supuso mayor carga de trabajo para Alba, que sin embargo asumió inmediatamente. En el fondo no tener a Ángela cerca la relajó un poco y se sintió extrañamente aliviada con el incidente.

Pero aquella noche la pesadilla volvió con más fuerza que nunca. Cuando despertó de madrugada, estaba completamente empapada en sudor. La visión de su bisabuela había sido tan real que casi podía sentir su olor, en su camiseta podía percibir aromas a azahar, a limón. Se puso en pie para acercarse al baño a enjugarse la cara y los brazos y al encender la luz vio que su camiseta se hallaba desgarrada por una manga.

Alba se sintió sucia y agotada, como si hubiese estado toda la noche trabajando en las casetas. Eran las cuatro de la mañana, pero se metió a la ducha en intentó calmarse bajo el agua caliente. Quería recordar qué había soñado pero solo tenía la sensación de haber hecho grandes esfuerzos. Se tumbó en la cama sin poder evitar sentir la mirada de su bisabuela, le parecía que la observaba complacida, con una extraña sonrisa que la calmaba y asustaba a partes iguales.

Había llegado el día de la gran palmera de las fiestas ilicitanas. Todo estaba preparado y nada se había dejado al azar. La familia Antares celebraba aquella noche su veinticinco aniversario ininterrumpido siendo la empresa elegida para disparar la mayor de las palmeras de fuegos artificiales que se realiza en el país. Ya habían batido records mundiales, lanzando por ejemplo en el 2010 la de mayor diámetro hasta aquel momento, con seiscientos metros, pero aquella debía ser todavía más espectacular.

Fernando, camino hacia la ciudad ilicitana, acompañado por Alba, se mostraba especialmente callado y nervioso, Alba no había dormido en toda la noche y las ojeras le marcaban claramente el rostro pese a los inútiles retoques de maquillaje.

-No me encuentro muy bien, Ángela no me ha cogido el teléfono y no sé como está.

-Es muy temprano, estará dormida -contestó Alba-

-No sé, me siento nervioso. ¿Ha hablado contigo, te ha dicho algo sobre nosotros?

-Si, hace unos días me contó que le pediste iros a vivir juntos.

-Y que te dijo, ¿la viste ilusionada?

- Si, estaba muy contenta –tragó saliva y se le hizo un nudo en la garganta-

-Tu no pareces muy entusiasmada con ello, últimamente te comportas raro con Ángela, ella dice que no te cae bien.

-¡Que tontería!, a quien tiene que gustarle es a ti. ¿Tú la quieres?

-Si, claro.

-Pues eso es lo que importa.

-Ya, ¿y a ti que te pasa, que traes tan mala cara?, otra vez las pesadillas.

-Si, pero anoche fue distinta, se que ocurrió algo, aunque no recuerdo el qué.

-¡Solo son sueños!

-Quizá, pero creo que fue algo más.

El trabajo del montaje y preparación de todos los fuegos era muy meticuloso y sumamente delicado, por lo que todos, la familia y los once trabajadores pusieron en marcha la maquinaria, cada cual sabía su cometido y el engranaje máquina funcionaba a la perfección. Al cabo de unas horas, todo estuvo a punto para el gran evento.

Fernando había llamado todo el día a Ángela sin poder hablar con ella. Su padre no la había visto porque vivía en una vivienda anexa y aquella mañana no quiso molestarla tan temprano.

Pasaron las horas y la inquietud del muchacho se acrecentaba, pero no había mucho tiempo para pensar en otra cosa que no fuera la pólvora. Se acercaba la hora del disparo y aquel era el primer año que no lo iba a realizar su padre sino él.

Cuando la gran Palmera de la Asunción empezó a ascender, dibujando un impresionante tronco de tonos amarillos-verdosos, la gente quedó admirada, se escuchaban exclamaciones desde todos lados porque en el cielo se iba construyendo una enorme columna que se trenzaba sobre si misma hasta alcanzar una altura imposible, y entonces empezó a formarse una enorme copa de brillantes luces blancas y doradas, que fueron abriéndose y extendiéndose, iluminando por completo el cielo de Elche y cayendo con una lentitud casi imposible, formando una palmera de fuegos artificiales que nunca antes se había visto y que dejó maravillada a la ciudad.

Cuando la palmera acababa de desdibujarse, un fuerte cohete anunciaba el final de las fiestas de L´albá, pero en lugar de ser sólo un cohete de ruido, al llegar a la máxima altura que alcanzó, una explosión de luz sorprendió a todos formando un rostro de colores anaranjados, unos gritaban que era el rostro de la Mare de Deu, Fernando sintió un escalofrío recorrerle la espina dorsal porque aquella cara en el cielo le recordó a Ángela.

Alba observó complacida el final de los fuegos, y sonrió al comprobar que sobre sus cabezas caía una fina lluvia gris, un extraño polvo, cenizas de quien ya no iba a competir con ella por su amado.

Capítulo 5

ESCUCHA COMO LATE

Alicante despierta muy temprano, todavía el sol se esconde tras el castillo y apenas las primeras luces empiezan a ganar terreno entre las alargadas sombras de las cosas.

Pero Julio ya estaba en la calle a esas horas, hacía demasiado calor y olor en el Albergue, se fue calle abajo pensando que las próximas noches las pasaría al raso, el verano asomaba fulgurante ya en Mayo y además, cada día tenía menos ganas de soportar a nadie, bastante trabajo le ocasionaba soportarse a sí mismo.

Llegó a Maisonnave y se sentó en el portal de costumbre, abrió el manido cartón y lo colocó a su lado, exhibiendo una rotunda frase que rezaba "No necesito más que comer algo, y unas monedas para llamar a mis hijos"

Aunque acababa de asearse medianamente en el albergue, al que acudía más que nada, por utilizar las duchas, el aspecto de Julio se había deteriorado mucho en los últimos meses. Vestía unos viejos vaqueros, deshilachados por multitud de sitios, -él decía que iba a la moda de los jóvenes de ahora- y un polo marrón oscuro que le trajo una señora la semana anterior, le dijo que era de su difunto, pero que estaba casi nuevo. Efectivamente el polo era nuevo y de buena calidad, tanta que Julio optó por cortar el lagarto que lo identificaba sobre el pecho, pensando que un lacost no era muy apropiado para pedir en Maisonnave.

Hacía casi dos años que vivía en la calle, primero en Madrid durante algunos meses y luego, alorando la proximidad de su mar y su luz, en cuanto consiguió dinero para el autobús, recaló en Alicante, la capital de su provincia natal.

Julio había vivido prácticamente toda su vida en un pequeño pueblo de la Vega Baja del Segura, a escasos cincuenta kilómetros de la capital.

Una infancia feliz, una novia desde los quince años, que luego fue esposa y madre de sus dos hijos, un buen trabajo de comercial, con sobresueldos por comisiones que le permitían un desahogado ritmo, sin lujos pero disfrutando de una seguridad económica holgada.... todo casi perfecto.

Ahora veía pasar gente, avenida arriba, avenida abajo, como sombras que ya a aquellas tempranas horas empezaban a invadir la ancha acera, movidas por la rutinaria prisa que imprime la ciudad. Poca gente miraba siquiera la inscripción del cartel que exhibía, pero eso ni le molestaba ni le preocupaba en absoluto; había aprendido rápido que las

horas en la calle, cuando eres un sin techo, tienen otra cadencia y que por lo general, cada día llegaba al final con suficiente dinero como para pagarse algo de comida con que contentar el estómago.

No tardó en llegar Pedro, un compañero de calle con el que solía compartir el portal, y a veces también el cajero del banco donde a veces pernoctaban.

No se puede confiar en mucha gente cuando se está en la calle, sin embargo Pedro y él habían cogido la suficiente amistad como para apoyarse el uno en el otro cuando se necesitaban. También tenían una amiga desde hacía unos meses, una buena chica que cada día, de lunes a viernes pasaba muy temprano junto a ellos y ésta sí, se detenía, les saludaba y charlaba unos minutos con ellos. Era Mercedes, una joven periodista que un día se les presentó pidiéndoles que le dejaran pasar un día entero con ellos con el objetivo, les dijo de "poner un granito de arena para que dejéis de ser tan invisibles". Aquella experiencia duró, no un día, sino toda una semana; iba a distintas horas y hablaba de casi todo con ellos, pero sobre todo, de cómo habían llegado hasta allí y qué les impedía salir de las calles.

Julio le habló de cuándo el dinero corría sin miedo, de cuando tenía un sueldo fijo de mil ochocientos euros y comisiones que a veces duplicaban el sueldo; la empresa para la que trabajaba había ampliado la plantilla y se permitía renovarles los vehículos comerciales cada seis meses.

Entonces, embriagado de aquel ritmo desmedido adquirió una nueva casa, dejando el modesto piso y adquiriendo un chalet con piscina y tres mil metros cuadrados de parcela ajardinada; los intereses eran muy bajos y podía asumir perfectamente la cuota de un préstamo hipotecario a quince años vista.

"Disfrutamos como nunca aquellos cuatro años... restaurantes, viajes... parecía que no se iba a acabar nunca, y si no estabas en la cresta de la ola te miraban como a un gilipollas" le dijo a Mercedes encogiéndose de hombros.

Pero todo aquello reventó de pronto, como si hubiese sido un espejismo, como un sueño feliz que con el amanecer descubriera una pesadilla.

Embargo de casa, despidos sin cobrar ningún finiquito porque ignorantemente había firmado la renuncia sin saberlo; Julio incluso fue acusado por la empresa de apropiación indebida, porque en el apogeo de su máximo rendimiento, con frecuencia les hacían cobrar cheques de importantes sumas, que luego tenían que devolver en "negro" a sus directivos.

Fue acusado de quedarse esos cheques y condenado a dos años de cárcel y al reembolso de una cantidad que rondaba los trescientos mil euros.

Julio estuvo nueve meses entre rejas, la época más dura de su vida, por sus hijos sobre todo. Allí cambió todo para él.

La presión había derrumbado su matrimonio, finiquitado con un divorcio que él nunca quiso pero que admitió voluntariamente para que su esposa rehiciera su vida lejos del harapo en el que él se había convertido.

“Y aquí estoy, sin más pretensiones que poder hablar con mis hijos cada semana y dejar que los días y la calle me vayan agotando”, sentenció Mercedes.

-Buenos días Julio, buenos días Pedro, saludó Mercedes como cada mañana al tiempo que les dejaba en el vaso un par de euros a cada uno.

-Buenos días, contestaron a coro.

-Hoy vienes algo más temprano, comentó Pedro.

-Si, debo hacer algunos recados antes de llegar a la redacción. ¿Qué tal dormiste Julio, probaste las pastillas?

-No, al final no me las tomé, fui al albergue y no me fié, allí es preciso dormir con un ojo abierto.

-¿Y las pesadillas?

-Como siempre Mercedes, esas me acompañan involuntariamente cada noche, y cada vez las siento más reales, una de ellas sobre todo se repite agobiante, ya es obsesiva incluso despierto. Creo que pronto entenderé su significado.

-Tenemos que hablar Julio, si salgo pronto esta tarde te localizo en el parque, ahora no puedo entretenerme pero me gustaría pasar un rato contigo y hablar ello.

-Gracias Mercedes, no te preocupes por nosotros, no las apañamos, bastante nos ayudas ya.

-No digas tonterías, ojalá realmente pudiera hacer algo más que daros unos euros, sabéis que intento buscaros un trabajillo, pero esto está realmente mal.

-Gracias Mercedes, dijo Pedro, nadie contrata a gente de la calle, no te

preocupes.

El día transcurrió sin incidencias, Pedro y Julio, al caer la tarde, se dirigieron a un parque cercano, en la Plaza de Calvo Sotelo, ambos compraron un sándwich y un bote de cerveza, su cena aquella noche, Julio había recogido quince euros, Pedro dieciocho, aquel día podrían guardar algo, Julio para sus libretas y Pedro para reunir suficiente para enviar a su esposa.

Mercedes apareció en el parque antes de las nueve, ya cuando la luz iba cediendo terreno a la noche, les saludó y pidió que les hicieran un hueco en el banco, los dos indigentes se separaron lo suficiente para que ella se colocara en medio.

Mercedes era una chica menuda, con gafas grandes que no dejaban apreciar un bonito rostro, el cabello muy corto, la sonrisa eterna, la mirada siempre a los ojos de su interlocutor, abierta y franca. Ella se autocriticaba, diciendo que le sobraban kilos, pero en realidad sus curvas dejaban entrever un cuerpo gracioso, sin los estereotipos que ahora establecen enseñar los huesos, pero muy lejos de parecer gruesa.

-Que tal el día preguntó a ambos la muchacha.

-Otro más, dijo Pedro.

-Otro menos, sentenció Julio.

-Está al caer Junio, pronto se llenará la ciudad de turistas, ¿eso os vendrá bien?

-El turista va a su bola, no suelen ni mirarnos, somos el lado feo de sus fotografías.

-Si, salvo los idiotas de turno, que se divierten bebiendo y jodiendonos de noche, añadió Pedro.

Mercedes quedó un momento en silencio, luego miró a ambos y sin querer imprimir demasiado entusiasmo comentó.

-Creo que voy a poder encontraros un lugar para que durmáis este verano lejos de los albergues, los bancos y cajeros, en unos días os lo confirmaré.

-No debes molestarte tanto, Mercedes, nosotros nos apañamos como sea, tú ya tienes bastante con tus cosas y tu familia.

-¡Déjame en Paz Julio!, si lo hago es porque quiero, nadie me obliga.

-Bueno, haz lo que quieras, lo vas a hacer de todos modos, eres cabezona como mi hija.

-Por cierto, ¿que sabes de ellos, están bien?

-Esta noche les quiero llamar a ambos, supongo que si.

-Por eso está así, apuntó Pedro, víspera de llamada telefónica.... no hay quien le hable.

-¡No es cierto! Los críos no tienen nada que ver, al contrario, son mi único estímulo toda la semana.

-No, son esas malditas pesadillas las que le ponen de mal humor –añadió Mercedes buscando los ojos de Julio-, ¿quieres contarnos qué tienen de especiales ahora?

Julio no sostuvo mucho la mirada de Mercedes, bajó la cabeza y luego la desvió hacia unas madres que apuraban los últimos rayos de luz con los hijos en el parque.

-Llevo unas cuantas noches con verdadero pánico por coger el sueño, cada vez parece más real mi pesadilla, me despierto empapado en sudor y me siento como si hubiese hecho un esfuerzo físico sobrehumano. De día intento convencerme de que solo son sueños, pero estoy más convencido cada día de que me quieren avisar de algo.

Permanecieron en silencio los tres por mucho rato, esperando que Julio encontrara la forma de compartir con ellos sus miedos. Pedro creyó conveniente separarse de ellos por si molestaba, e hizo ademán de levantarse.

-No Pedro, quédate, no hay nada que deba ocultarte, al contrario, hay noches que creo que estás de alguna forma en mis sueños.

-Cuéntanos Julio, dijo Mercedes, igual te ayuda.

-Hay un momento plácido en que me parece estar levitando, como si al dormirme tuviera la capacidad de evitar la gravedad y me hubieran otorgado poderes para volar, veo la ciudad desde la altura del castillo, siento una extraña libertad y la disfruto como si realmente sobrevolara la ciudad, como una gaviota sobre los barcos del puerto. Pero luego, poco a poco me voy sintiendo más pesado, como si cientos de kilos se me acumularan dentro de mí y me obligan a caer en picado desde la altura que he logrado, os aseguro que es una caída angustiosa, porque mientras caigo, siento que mi cuerpo se va desmembrando, primero pierdo los pies,

las piernas son arrancadas como por unas fuerzas invisibles que tiraran de ellas sin piedad, luego de los brazos, hago esfuerzos para zafarme pero todo es inútil, y sin terminar de caer, esas manos invisibles me escarban en las heridas de las mutilaciones y por ellas van sacando con interminable parsimonia cada uno de mis órganos.

-¡Joder Julio, que agobiante!, ¿pero qué significado puede tener eso?

-No lo sé, pero lo peor no ha llegado.

-¿Qué?

-No, lo peor es que, cayendo en picado, viendo cada vez más cerca el suelo, consigo ver abajo las caras de mis hijos que levantan los brazos hacia mí como para sostenerme en la caída, a veces también estáis vosotros dos, que corréis desde lejos hasta querer llegar al punto de impacto de los restos de mi cuerpo contra el suelo.

-Esa pesadilla es escalofriante Julio –dijo Mercedes-, debe ser reflejo de algo que te obsesiona y agobia, pero yo creo que son como alegorías, como metáforas, no tienes porqué interpretarlas como premociones que vayan a suceder.

-Quizás Mercedes, quizás, no lo sé. Anoche además de mis hijos distinguí la figura de mi ex mujer, lo cierto es que llevo pensando en ella desde hace días, hacía tiempo que no la tenía tan presente en mis pensamientos.

-¿Estas usando las libretas?

-Si, bastante, mañana tengo que pasar a comprar otra. Es lo único que me ayuda a evadirme un poco... además de vuestra compañía.

Julio llevaba siempre a cuestas una mochila bastante pesada, dentro, aparte de unas pocas ropas, tenía muchas pequeñas libretas repletas de anotaciones, versos, pensamientos... sus dos últimos años de indigente plasmados en cuarenta o cincuenta cuadernillos que nadie había leído.

Se hizo un largo silencio, Mercedes y Pedro quedaron compungidos, sin saber realmente cómo ayudar a Julio.

-¿Has hablado con ella últimamente?, preguntó Mercedes por romper el silencio.

-No, pregunto a mis hijos por ella, pero no creo que yo esté ya en sus pensamientos.

-¿Y tú la sigues queriendo? –Preguntó Pedro-

-Supongo que sí, nunca he tenido ningún motivo para dejar de amarla.

-¡Pero te dejé cuando más la necesitabas!

-No, laforcé a marchar para no arrastrarla conmigo, ella no podía verse salpicada por mi ruina, tenía que estar entera para sacar adelante a nuestros hijos. Lo mejor que hicimos en la época buena fue separar nuestros bienes, por suerte, ella, con su modesto trabajo, pudo continuar adelante.

-Conozco una sicóloga que trató de la depresión a mi hermana –apuntó Mercedes-, estoy seguro que le gustaría ayudarte, si quieres que vayamos a su consulta la llamo.

-De momento no Mercedes, gracias, no puedo permitírmelo, no puedo permitir implicarte y no creo que me vaya a ser de mucha ayuda.

-Bueno piénsatelo, y no vuelvas a decirme en que me puedo o no gastar mi dinero o en que debo implicarme. Además, para mí los dos sois amigos, y los amigos se ayudan.

-Para mí también eres importante, gracias por todo lo que haces.

Nuevo silencio, Pedro y Mercedes cruzaron miradas de preocupación, luego Mercedes cambió el hilo de la conversación.

-¿Habéis comprado cena hoy?

-Si, dijo Pedro, tenemos unos sándwich.

-Bueno, mañana no comprad nada, me traigo yo una pizza y nos la comemos aquí, si os parece, así Julio nos cuenta que ha hablado con sus hijos. ¿vale?

-Vale, gracias Mercedes, dijo Pedro.

Julio asintió intentando fingir una sonrisa.

-¿Donde vais a dormir hoy?

-Yo no tengo ganas de albergue, creo que iré al cajero

-Yo también. No aguanto el olor y los ronquidos, además la última vez me despertó un capullo que intentaba quitarme las zapatillas.

Se despidieron y quedaron emplazados para el siguiente día.

Cuando ya estaban acomodados en el cajero que solían utilizar, Julio comentó a Pedro que iba al locutorio a hablar con sus hijos, que cuidara de la mochila y sus escasas pertenencias.

-No te preocupes, no me dormiré hasta que no vuelvas. Suerte con las llamadas.

-Gracias Pedro, ¿te traigo algo?

-Tráete unos cafés calientes, nos vendrán bien.

-De acuerdo.

No había pasado ni una hora cuando Julio regresó al cajero, Pedro le abrió y notó una expresión muy seria en su rostro, poco habitual tras las llamadas a sus hijos. Se sentaron y tomaron el café despacio y en silencio, si Julio quería contarle algo, esperaría sin preguntarle, parecía preocupado pero no creyó oportuno agobiarle.

-Pedro

-Dime

-Necesito que me hagas un favor, dos mejor dicho.

-Escupe

-El primero es que no me preguntes motivos ni porqués. El segundo, que por favor te encargues de mis cosas como si fueran tuyas, en el bolsillo de la mochila están los teléfonos de mis hijos, quisiera que las libretas llegaran a ellos si me ocurre algo.

-¿de qué hablas?

-Ese es el primer favor que te pedía, no me preguntes.

-Vale, vale, cuidaré de tu mochila, ahora vamos a dormir, se va haciendo tarde.

-Yo vuelvo a salir a hacer otra llamada, no te preocupes, duérmete, ya me las arreglo para entrar luego.

Julio regresó al locutorio y llamó a Mercedes, eran las once y media de la noche, se maldijo por molestar a la muchacha a aquellas horas pero

esperó varios tonos de llamada hasta que oyó su voz.

-¿Dígame?

-¿Mercedes?, discúlpame soy Julio, espero no haberte despertado.

-¿Julio, ha ocurrido algo?, no te preocupes por mí, ¿Qué pasa?

-Tengo que pedirte un importante favor, disculpa que te meta en esto pero no tengo a nadie más que pueda ayudarme.

-Dime Julio, si puedo ayudarte no dudes que lo haré.

-He estado hablando con mis hijos, ellos están bien pero he preguntado por su madre y me dicen que está en el hospital con su pareja, que parece que está muy grave.

-Que quieres, que me informe.

-Exacto Mercedes, están aquí en Alicante, pero si voy yo no me van a hacer ningún caso, y como sabes, mi ex no sabe que estoy en la calle. Mis hijos me han dado los apellidos de su pareja, a ti quizá te digan algo sobre él.

-Creo que no será problema Julio, tengo una sobrina trabajando de enfermera en el Hospital, mañana por la mañana la llamo y en cuanto sepa algo te localizo y hablamos.

-Muchísimas gracias Mercedes, perdóname el atrevimiento de recurrir a ti...

-¡Calla!, deja de agradecerme nada. Vosotros habéis sido muy amables conmigo siempre y gracias a ti y a Pedro me hice un hueco en la redacción con vuestro reportaje, yo os debo más que os he dado.

-Aún así, mil gracias.

-¡Y dale!, mañana hablamos, ahora descansa y procura dormir. Buenas noches.

-Buenas noches.

Julio abandonó el locutorio y volvió al cajero, Pedro seguía despierto, se acomodaron sobre unas viejas mantas, con las mochilas por cabeceras.

-Julio, ¿quieres que hablemos?

-Ahora no Pedro, mañana te contaré.

Por la mañana, Mercedes no pasó como de costumbre a primera hora y Julio se impacientaba, estaba más nervioso y malhumorado que de costumbre, Pedro lo notó y evitó hablarle en casi toda la mañana, sabía que si quería contarle algo lo haría cuando lo creyera oportuno.

Pasadas las once, cuando ya no la esperaba, se presentó Mercedes en el portal, llegó seria y se notaba que las noticias que iba a dar no eran buenas, saludó a ambos y dirigió la mirada a Julio, que inmediatamente comprendió.

-Habla Mercedes, sea lo que sea, no hay motivo para que Pedro no lo sepa.

-¡Por mí no!, si quieres me voy al parque un rato y os dejo.

-no, no, quédate, de todas formas te lo hubiera contado yo luego.

-He estado yo misma en el hospital, he localizado a mi sobrina y hemos ido ambas a la UCI, donde he localizado a la persona que buscabas. Está muy grave, lo cierto es que....

A medida que Mercedes relataba la enfermedad de la pareja de su ex mujer, Pedro iba perdiendo el color del rostro y sintió como un nudo en el estómago, una extrema pesadez en todo el cuerpo, como si todo el mundo estuviera ahora sobre sus hombros.

Julio pasó el resto del día cabizbajo, retraído, no habló en todo el día con Pedro ni siquiera saludaba amablemente a quien le dejaba alguna moneda, como solía hacer, se hicieron eternas las horas hasta la caída de la tarde.

-Julio, es tarde, yo tengo hambre ya, ¿nos vamos?.... ¡Julio!

-Si, perdona. Vámonos, yo no tengo hambre, cena tú, yo voy a volver a llamar a mis hijos, a ver si me dan alguna nueva noticia, luego te veo en el cajero.

-Está bien, pero deberías comer algo, has pasado el día en ayunas.

-No pasa nada, no tengo apetito.

Bajaron juntos hasta el parque y allí se separaron, Pedro hacia el kiosco del parque donde siempre solían pedir los bocadillos y Julio lo cruzó en dirección al locutorio.

Sobre las diez de la noche, Julio entró al cajero.

-Pedro, necesito que me hagas un favor.

-Dime, ¿Cómo va todo?, tienes mala cara, estás pálido.

-Estoy bien, escucha, te dejo aquí mi mochila, ya sabes lo que contiene, si algo me ocurriera, en el bolsillo delantero van los teléfonos de mis hijos, dile a Mercedes que los llame y se la daís.

-¿de qué hablas, adonde te vas, que puede ocurrirte?

-Me prometiste no hacer preguntas. Por favor haz lo que te digo.

Pedro clavó la mirada en Julio y comprendió que no iba a decirle nada, le brillaban como si hubiera llorado, o fuera a hacerlo de un momento a otro. Julio se dio la vuelta y cuando salía escuchó tras de sí la voz de Pedro.

-Sea lo que sea que estás pensando hacer, hazlo tú que tienes cojones.

Abandonó el cajero y le vio marcharse de nuevo en dirección al parque, luego se perdió entre la mucha gente que todavía paseaba por Maisonnave.

Julio volvió al locutorio, pero esperó en la puerta a que fuera más tarde, cuando se acercaba la media noche, entró en el locutorio y realizó una llamada, luego pagó, cruzó la calle y caminó hacia arriba por la calle Angel Lozano, cruzó Alfonso X el Sabio y alcanzó la calle Poeta Quintana, allí había un edificio viejo de seis plantas sin ascensor. En aquél edificio conocía a un Evaristo, un viejo mendigo que tenía allí una habitación cochambrosa alquilada. Tuvo que insistir en el timbre varias veces hasta que se oyó la voz del viejo por el interfono.

-¿Quien es?

-Evaristo, abre, soy Julio, el de Maisonnave, el de las libretas.

-¿Que quieres a estas horas?

-Dejarte unas cosas y me marchó, abre un momento.

Se abrió al fin la puerta del edificio y Julio se coló dentro pero permaneció bajo la escalera más de media hora, hasta que comprendió que Evaristo no le esperaba ya. Luego subió pesadamente las escaleras....

De madrugada, le tocaron el hombro y se sobresaltó.

-Señora, despierte, nos llevamos a quirófano a su marido.

-¿Qué ocurre?, ¿ha emporado?

-No puedo explicarle ahora, debo llevarlo urgentemente a la sala de quirófanos, venga conmigo y allí el médico le dará detalles.

Adormilada todavía, Elena siguió aturdida al celador y dos enfermeras que se apresuraban a trasladar a Rafa hasta quirófanos.

En la puerta, el doctor Belda se dirigió a la nerviosa mujer.

-Tranquilícese, no son malas noticias, vamos a poder realizarle a su marido la operación que estábamos esperando, ha habido suerte, casi un milagro porque jugamos contra el reloj. Espere en esos sillones, la operación puede ser larga, le avisaremos cuando haya terminado.

A las nueve de la mañana, tuvo al fin noticias de la operación, todo había salido perfectamente y Rafa estaba en reanimación, respondiendo perfectamente.

A las once de la mañana, Mercedes localizó a Elena en la sala de Espera del Hospital.

-Disculpe, ¿es usted Elena Martos?

-Si.

-Soy Mercedes, tengo que hablar con usted, es muy importante, ¿podemos salir fuera un momento?

-Estoy esperando para visitar a mi marido, ¿Qué es lo que quiere?

-Se trata de Julio.

-¿De Julio, mi hijo?

-No, de Julio, su ex marido-

Mercedes no pudo evitar que unas lágrimas resbalaran por su mejilla y Elena comprendió que algo importante debía de ser, por lo que accedió a acompañarla al exterior.

Se sentaron en unos escalones y Mercedes trató durante unos segundos

de buscar las palabras adecuadas.

-Verá, su ex marido y yo hemos sido amigos estos últimos meses, supongo que sabrá que llama a sus hijos cada semana.

-Si.

-Creo que no sabe usted nada de él desde hace mucho.

-Lo último que supe de él es que salió de la cárcel estaba en Madrid.

-Bueno verá, ahora vivía aquí en Alicante, aunque vivir es una expresión engañosa; mendigaba por las calles de Alicante...

-¿Qué?

Mercedes contó a Elena cuanto sabía de Julio, y sobre todo la conversación telefónica que tuvo con él la noche antes. Las dos mujeres terminaron llorando y abrazadas, cada una con sus motivos, cada una por sus sentimientos hacia Julio.

Mercedes hizo una señal a Pedro, que estaba esperando en los jardines del Hospital y se apresuró a llegar hasta ellas, su rostro también delataba la amargura que le invadía.

-Esta mochila que le da Pedro son todas las pertenencias de Julio, me pidió que se las entregara a Usted, y me dijo que cuando las viera, si lo creía oportuno, me las dejara para ordenarlas y encuadernarlas.

Elena no podía reaccionar.

-¿Cómo pudo hacer algo así?, repetía constantemente.

-Lo último que me dijo fue muy claro: Al fin volveré a estar cada día cerca de ella.

Elena se levantó, agradeció a Pedro y Mercedes haber estado junto a él los últimos meses y se dispuso a volver a la sala de espera, Mercedes le entregó una tarjeta suya y le suplicó que algún día, volvieran a verse para hablar de las libretas.

Unas horas más tarde, A Elena le avisaban que podía ver a su marido.

Se acercó a la cama y se inclinó a darle un beso, Rafa le comentó entusiasmado

-Reclínate en el pecho, escucha como late.

-Elena sintió los latidos sobre el pecho de Rafa y no pudo evitar llorar abiertamente.

-¿Qué sucede, estás bien?

-Si, es de alegría, se oye un corazón precioso.

En la calle, Pedro se despedía de Mercedes.

-¿Cómo pudo hacerlo sin decirnos nada?

No le hubiéramos dejado, Pedro. A última hora llamó a urgencias para que no perdieran tiempo, hizo realidad su pesadilla, voló durante unos segundos y una parte de su cuerpo le fue arrebatada.... para encontrarse de nuevo junto a quien más amó.

Capítulo 6

DESÁTAME

Primera Parte

Martes, 4 de julio

-Buenos días Señora soy Ernesto Sanabria, quedamos ayer para ver la habitación de mi hija.

-Buenos días, si, ya recuerdo. Muy bien acompáñenme, vamos a verla y luego pasamos a mi despacho para comentar el papeleo. Disculpe mi nombre es Zoe. –La mujer tendió la mano a Ernesto-

-Encantado, esta es mi hija Sara.

La mujer besó a la muchacha e hizo un ademán para que la siguieran. Accedieron a un largo pasillo en cuya pared derecha se distribuían puertas numeradas y la izquierda era totalmente acristalada y dejaba ver un pequeño pero muy arreglado jardín interior. La construcción permitía una muy buena iluminación de todo el pasillo de paredes blancas y asépticas, todas las puertas eran de color pino.

Al llegar al final del pasillo, tomaron unas escaleras y subieron al primer piso, idéntico pasillo, idéntico recorrido y subida al segundo piso. Al fin la señora Zoe, una mujer extremadamente delgada, fibrosa y enjuta, cuya edad era difícil de asegurar pero más cercana a los sesenta que a los cincuenta, de facciones muy marcadas y ojos negros, ligeramente hundidos, con el cabello castaño, recogido en un sencillo moño bajo, vestida con unos leggins negros y una camiseta, también negra pero serigrafiada de multitud de eruditas frases en inglés de distintos colores, se detuvo ante la puerta número 224 y la abrió con uno de los dos juegos de llaves que llevaba en la mano y que había hecho tintinear durante todo el trayecto.

Se quedó en el umbral e invitó a Ernesto y Sara a pasar adentro, ella les siguió detrás.

-Las habitaciones son sencillas pero están bien equipadas y cuentan con mucha luz natural –comentó la casera-

En efecto, la iluminación era esplendida porque toda la pared frontal era un enorme ventanal de cuatro hojas, con dos persianas independientes para combinar a gusto la entrada de luz. Se encontraban

cerradas a media altura y era más que suficiente para no tener que usar luz eléctrica a aquellas tempranas horas. Bajo la ventana una mesa de escritorio con dos sillas, ocupaba todo el ancho de la habitación, que debía tener algo menos de dos metros y medio. Pegada a una de las paredes del pequeño rectángulo que formaba la estancia, una cama de cuerpo y medio, vestida con una sencilla colcha azul marino, a juego con las cortinas que caían a ambos lados del ventanal. En la otra pared, las puertas de un armario empotrado y otra puerta con acceso al cuarto de baño, pequeño pero dotado de pie de ducha, inodoro, lavabo y bidé; a continuación de las puertas una pequeña barra americana separaba del dormitorio una sencilla cocina, preparada con lo básico para una persona.

Ernesto y Sara dieron una vuelta por la estancia, de no más de seis metros cuadrados y coincidieron en que era más que suficiente para el cometido que se le pretendía, terminaron el papeleo, entregaron la fianza y quedaron emplazados para iniciar su estancia a primeros de septiembre.

Lunes, 4 de septiembre

Sara intentaba disimular los nervios, pero Belén, su madre lo percibía perfectamente durante la media hora del trayecto, en el que la muchacha apenas había abierto la boca.

Belén era una mujer resuelta, que acababa de cumplir los cincuenta, era muy alta, en eso se le parecía Sara; aun conservaba mucho de la belleza que en su juventud la hizo tan popular entre los chicos, y que todavía ahora provocaba la admiración de los hombres. Rubia y de atrevidos y traviosos ojos azules, mantenía una espléndida forma física gracias a sus semanales clases de aeróbic.

Sara, que en el físico era un calco de su madre, tenía sin embargo todo el carácter de su padre, era más introvertida, nunca quería llamar la atención y prefería la soledad de los estudios a las aglomeraciones y movidas por las que sus amigas siempre se decantaban. Había sacado unas excelentes notas en el instituto y selectividad y ello le permitió elegir sin problemas la carrera que le gustaba, ciencias criminalísticas.

Belén y Ernesto hacía ocho años que estaban divorciados, aunque mantenían una relación fluida, sobre todo en lo que afectaba a sus hijos, Sara vivía con Belén y Ernesto tenía en su casa al hijo mayor.

Llegaron sin problemas a la Residencia, Sara se presentó ante la Señora Zoe, que en aquellos momentos estaba atareada con otras visitas y como Sara ya conocía su habitación, les entregó la llave, les pidió disculpas y les aseguró que más tarde subiría para ver si todo estaba a su

comodidad.

-Está muy bien la habitación ¿verdad?, -comentó nada más entrar Belén-

-Si, no es muy grande, pero está limpia y sobre todo muy iluminada y tranquila.

-Bueno, mejor que no sea grande, así tienes menos que limpiar.

Abrieron las maletas y madre e hija fueron ordenando todo en el armario y la cocina. Belén le había dispuesto media docena de fiambreras con las comidas preferidas de Sara, congeladas y dispuestas sólo para calentar en microondas, y aunque el congelador no era muy grande, pudieron ubicar todo.

Cuando hubieron acabado, Sara y Belén bajaron a informar a la señora Zoe que salían a la universidad para conocer el camino y ultimar trámites de la matrícula.

-Lo tenéis muy fácil, en la calle tomad a la derecha y enseguida veréis el cartel de parada del tranvía, os deja en la misma puerta de la universidad y pasa cada cuarenta y cinco minutos en ambas direcciones.

Efectivamente la combinación era perfecta y ello tranquilizó a Belén, preocupada por si Sara debía recorrer sola demasiado trayecto por la ciudad. Sara también agradeció la sencillez del transporte, nada más tuvo que llevar en la mano el carnet de la universidad para acceder al tranvía de forma totalmente gratuita.

De regreso a la residencia, llegó el peor momento y Sara le dijo a su madre que no hacía falta que subiera de nuevo a la habitación, buscando no alargar en exceso la difícil tarea de despedirse. Era la primera vez que la niña iba a estar sola fuera de casa.

Belén abrazó con fuerza a la muchacha y no pudo evitar que las lágrimas afloraran.

-¡Mamá que el viernes por la tarde estoy otra vez en casa!

-Ya, ya lo sé. Bueno y el teléfono tenlo siempre disponible para que podamos hablar a diario.

-Vale, no te preocupes, además no estoy sola. Amanda y María ya habrán llegado o estarán a punto de hacerlo, ahora las localizo, pasaremos más

tiempo juntas que solas.

-Bien, quieres que me quede a comer contigo.

-No hace falta.

En ese instante sonó el teléfono de Sara.

-Hola María!, donde estás. Ah! Vale, ahora nos vemos en recepción, yo también estoy aquí ya.

-Ha llegado María?

-Si está en la habitación con sus padres, despidiéndose también, enseguida nos vemos y comeremos juntas.

-Está bien, ya sabes, cualquier cosa me llamas. Cuídate mucho cielo.

-Que siiiii mamá.

Miércoles, 6 de Septiembre

-Si mamá, hoy hemos empezado ya las clases, me voy por las mañanas con María y Amanda, aunque para regresar no siempre coincidimos.... siiiii, estoy bien, ahora mismo voy a cenar, me he comprado una ensalada y me voy a hacer una tostada.....

La conversación con Belén se alargó unos minutos más y tras la reiterada despedida, Sara se aliñó una ensalada y se acomodó con la cena en el escritorio, repasando los apuntes del día. Luego habló un rato por teléfono con Amanda y a las once decidió que era hora de acostarse, entró al baño, se lavó los dientes y se acostó.

Jueves, 7 de Septiembre

A la mañana siguiente, apenas sonó a las seis y media el despertador, Sara se incorporó y entró al baño, sobre el lavabo se encontró el cepillo de dientes con restos de pasta y el tubo de dentífrico junto a él, abierto.

Sara era extremadamente meticulosa y ordenada, nunca había dejado así el cepillo después de usarlo, y no recordaba en absoluto haberlo hecho la noche anterior. Terminó de arreglarse, desayunó y marchó para recepción para verse como cada mañana con sus amigas y

tomar el tranvía juntas.

Regresó a las cinco, había comido con Amanda en la cantina de la universidad, no tenía clases por la tarde y le dolía bastante la barriga, fruto de la menstruación.

Al entrar al baño para asearse y cambiarse de compresa, no pudo evitar un sobresalto que la paralizó al encender la luz. La pasta de dientes y el cepillo volvían a estar abiertos y usados sobre el lavabo.

Sara salió de la habitación y buscó a la señora Zoe.

-Hola, quería preguntarle si alguien más tiene llave de mi habitación.

-¡Que va!, sólo hay dos juegos de cada habitación, uno lo tienes tu y otro lo guardo yo. ¿Por qué?

-Es que... no sé, me ha pasado algo muy raro, juraría que esta mañana dejé en su sitio el cepillo de dientes y ahora he vuelto y me lo he encontrado sobre el lavabo, con restos de pasta.

-Pues debes estar confundida, a ver si con los nervios del inicio de curso andas despistada, te aseguro que nadie puede acceder a tu cuarto más que tu.

Regresó a su habitación, nerviosa, ordenó el baño de nuevo, le dolía la barriga, se tomó un calmante y se acostó un rato, pronto quedó profundamente dormida.

Cuando despertó eran las doce de la noche. Le extrañó que su madre no la hubiese llamado, cogió el móvil y comprobó que lo tenía apagado, sin batería; lo puso a cargar, y en cuanto se lo permitió, lo activó y vio que tenía numerosas llamadas de su madre. La llamó, sabía que estaría muy preocupada.

-¡Hola mamá!

-¡Sara, que te ha ocurrido, te he estado llamando toda la noche, me tienes a punto de coger el coche!, he hablado con la Señora Zoe y me ha dicho que temprano te fuiste a tu habitación.

-Si, disculpa, me dolía la barriga, me tomé un calmante y me quedé dormida, no me di cuenta de que el móvil estaba sin batería.

-¿pero estás bien?

-Si, ahora me duele menos, voy a hacerme un vaso de leche, porque no he cenado y me acuesto de nuevo. No te preocupes y perdona el susto.

-¡No vuelvas a dejar el teléfono sin batería por favor!

-Está bien mamá, es tarde. Acuéstate, buenas noches.

-Buenas noches hija. Te quiero.

-Yo también mamá. Hasta mañana.

La reconfortó el vaso de leche caliente con cacao, se volvió a meter en la cama inmediatamente y se durmió al instante.

Viernes, 8 de Septiembre

Ya era viernes al fin, Sara se adelantó al despertador, se metió en la ducha y disfrutó durante un buen rato de la cálida agua que la revitalizó por completo. Desayunó y fregó como acostumbraba lo que había de la noche anterior y del desayuno, apenas dos vasos y unas cucharas. Preparó la mochila con los apuntes y material para aquella mañana y al instante llamaron a la puerta.

-¿Quién es?

-Abre, soy Amanda.

-¡Hola! ¿Has madrugado también?, pasa.

-Si, no tenía ganas de esperarte abajo.

-Estoy terminando, me peino y nos vamos.... Oye que tal en tu habitación, ¿es como esta?

-Si, idéntica, creo que son todas iguales, lo que pasa es que tú la tienes más ordenada que yo. -rió-

-Pues lo de ordenada me tiene mosca, luego te cuento. ¿Vamos?

Salieron y durante el trayecto se encontraron con otros compañeros y ya no hablaron de los incidentes del cepillo de dientes que tenían intrigada a Sara.

Al llegar a clase y abrir su cuaderno de apuntes, la muchacha quedó pálida, tuvo que ahogar un grito y apenas los nervios le permitían mantener cierta compostura. Al final de la página del cuaderno donde

había terminado el día anterior, con letras bastante burdas en color rojo se leía claramente: no puedes contar nada.

Capítulo 7

DESATAME

Segunda parte

Miró a su alrededor pero nadie parecía pendiente de ella. Volvió la vista a aquella frase intentando reconocer la letra pero era una escritura extraña, parecía hecha con torpeza, como la de un niño que empieza a dibujar cada palabra con gran esfuerzo.

Sintió que unas gotas de sudor le nacían en la nuca y resbalaban por la espalda, también las manos le transpiraban. Si aquello era una broma que le estaban gastando como novata, no tenía ninguna gracia. ¿Pero quién habría podido acceder a su libreta?, sólo Amanda se había quedado unos instantes con ella en la habitación mientras terminaba de arreglarse aquella mañana, pero fue muy poco tiempo; además, ella nunca le haría algo así.

¿Y por qué no podía contar nada?, debía decírselo a su mejor amiga, incluso compartirlo con sus padres, bueno tal vez con sus padres no, se preocuparían y la forzarían a abandonar el alojamiento.

Intentó inútilmente concentrarse en la clase, quien quiera que fuera el autor de aquella pesada broma no debía percibir el nerviosismo que la invadía. Disimuló lo mejor que pudo, garabateando apuntes en una nueva hoja de su cuaderno y afrontó el resto de la mañana intentando no pensar en ello, desviando sus pensamientos hacia el fin de semana que pasaría en casa y con los amigos.

Por la tarde, Amanda y Sara tomaron el tren juntas para volver a su Orihuela natal. Sara permanecía más callada de lo normal y su amiga lo percibió.

-¿Te pasa algo?, ¿ha ido bien la mañana?

-No es nada, me duele la cabeza, tengo ganas de llegar, darme una ducha y pillar mi cama un rato.

-¿Pero quedamos para luego, no?

-Claro, me tomo algo y como nueva, es que también estoy con la regla... no te preocupes.

-Bueno, pues ponte las pilas que esta noche nos desquitamos.

Sara disimuló sus ganas de contarle todo a su amiga, decidió esperar al lunes, seguro que para entonces el bromista que le escribió en la libreta se habría olvidado de ella.

Domingo tarde-noche la madre de Amanda llevó a las dos muchachas de nuevo a Alicante, se habían puesto de acuerdo para que cada fin de semana, uno de los padres las acercara a la residencia, pues llevaban consigo la compra para la semana y comidas hechas en casa y congeladas.

Tras ayudarse mutuamente con los víveres, Amanda se despidió de su madre y las dos jóvenes se quedaron en el apartamento de Sara hasta casi la media noche, cenaron juntas y aprovecharon para hablar del fin de semana, de los estudios, de los planes..., luego Amanda regresó a su habitación y Sara, cansada se acostó y quedó dormida al instante.

11 de Septiembre

A las seis de la mañana, quince minutos antes de que el despertador sonara, Sara se incorporó bruscamente y buscó ansiosa el interruptor de la luz. Estaba empapada en sudor, nerviosa y confusa porque no conseguía recordar qué extraña pesadilla la había sumido en una agobiante sensación de claustrofobia. Miró a su alrededor y la habitación le pareció más pequeña que nunca, todavía no entraba luz por el ventanal pero aún así abrió una de las correderas y se asomó buscando la pequeña extensión de jardín.

Intentando calmar su ansiedad, se dispuso a prepararse un tazón de leche caliente y justo cuando lo sacaba del microondas para añadirle el azúcar y el cacao, sonó el despertador y Sara no pudo evitar el sobresalto, ni el grito que lo acompañó, ni la caída de la taza que golpeó contra el suelo rompiéndose y salpicando de leche la habitación.

Se maldijo por aquél estúpido inicio de lunes, recogió como pudo todo el blanco líquido del suelo, empapando servilletas de papel primero y papel higiénico a continuación, cayendo en la cuenta de que no habían comprado mocho.

Para relajarse se dio una larga ducha caliente, y aunque la calmó bastante, no podía dejar de intentar recrear la pesadilla que la había despertado, sólo recordaba que algo le presionaba el pecho y que estaba en algún sitio muy pequeño y muy cerrado.

Volvió a preparar el desayuno, ordenó la cama, la habitación y el

baño, se vistió y llamó a Amanda para ir juntas al campus.

Amanda conocía bien a Sara y enseguida la notó alterada, por lo que Sara contó a su amiga el inicio de mañana que había tenido. La conversación ayudó a quitarle importancia y acabaron riéndose ante la imagen de la pobre muchacha, en ropa interior y usando toda la celulosa disponible para recoger el charco de leche del suelo.

El resto de la mañana ayudó a que Sara olvidara el incidente, las clases fueron muy amenas y la muchacha se concentró en ellas, esforzándose por aprovecharlas, tomando apuntes y participando con otros compañeros cuando tuvo oportunidad.

A las tres de la tarde regresó a la residencia sola, pues Amanda acabó sus clases mucho antes que ella y no coincidieron.

Estaba hambrienta, así que lo primero que hizo fue poner a calentar uno de los tapper que su madre le había preparado, uno de exquisitas lentejas estofadas.

Se descalzó los zapatos y buscó en el armario las zapatillas para estar más cómoda, cuando cerró la puerta se dio cuenta de que algo extraño había visto en el calzado, pero por unos instantes quedó paralizada, le era imposible volver a abrirlo. Quizá la vista le había engañado. Tomó el móvil y decidió llamar a Amanda para que viniera a su cuarto, pero cuando buscaba en los contactos, recordó la frase que casi tenía olvidada de la libreta. Sin atreverse a llamar, sin atreverse a abrir el armario de nuevo, cómo una fugaz diapositiva, le vino a la mente una imagen de la pesadilla que la despertó, una imagen oscura, húmeda y asfixiante donde unas enormes cuerdas rodeaban todo.

La campanilla del microondas sobresaltó a Sara sacándola de la agobiante escena, decidió volver a abrir el armario y puso el móvil en modo cámara para grabar lo que de nuevo hallara al abrir la puerta.

Sin dejar de grabar, con la mano izquierda cogió sus deportivos, los tres pares que había traído consigo y los fue dejando en el suelo. Cada par estaba atado entre sí por los cordones, con nudos extraños, fortísimos y elaborados.

No cabía duda de que alguien había entrado en su habitación aquella mañana, y parecía claro que era la misma persona que había pintado en su libreta, que seguía insistiendo en gastarle macabras novatadas.

Pero había demasiadas cosas que no encajaban, el cepillo de dientes desordenado y la pasta abierta ocurrieron sin que ella abandonara la habitación, y seguía sin entender cómo alguien había podido tener

acceso a su libreta.

Tuvo que esforzarse para desatar los cordones, le recordaba a aquellos que alguna vez había visto en fotos de los típicos nudos marineros.

Volvió a calentar la comida, que tomó ya sin mucho apetito.

Una y otra vez se preguntaba qué hacer. Hablar de nuevo con la señora Zoe le daba vergüenza, qué iba a pensar de ella si le insinuaba de nuevo que habían entrado en su cuarto, si se suponía que sólo ellas dos tenían tarjeta de acceso.

Contar los sucesos a Amanda tampoco resolvía nada, ella poco podía hacer y quizá, empeoraba la situación si quien estuviera detrás de aquello se enteraba de que había hecho caso omiso a su requerimiento.

Tumbada en la cama, decidió afrontar aquello sola, descubrir quien había detrás de aquel macabro juego y cuando lo supiera desenmascararle y denunciarle. A fin de cuentas para eso había iniciado los estudios de criminalista. Decidió que buscaría pruebas y realizaría pesquisas para averiguar quién tenía tanto interés en asustarla.

Cansada por el madrugón y los acontecimientos, durmió durante un par de horas, hasta que el timbre del móvil la despertó.

-¿Sara?

-Hola Amanda, dime.

-¡Te he enviado varios wassaps!, ¿Dónde estás?

-¡ufff!, me he quedado dormida después de comer, estaba muy cansada. ¿Qué hora es?

-Pues las seis de la tarde, y habíamos quedado a las cinco, me tenías preocupada.

-Lo siento, dame media hora y paso a buscarte.

-Vale.

Una ducha rápida y fresca reanimó a Sara, que mientras se vestía daba vueltas a los acontecimientos, resuelta a afrontarlos con actitud valiente, detectivesca se dijo.

Unos vaqueros y camiseta negra, con una frase sobre el pecho

que rezaba "Know me before you judge me"

Cuando abrió el armario del calzado no pudo evitar contener la respiración y tirar despacio de las puertas, eligió unas deportivas blancas.

Salieron al centro de Alicante, a tomar una hamburguesa en la explanada, el tranvía les llevaba y traía con comodidad, a las once estaban de regreso, se despidieron en los ascensores y cada una volvió a su habitación. Sara no había comentado nada a Amanda, pero durante toda la noche, sus pensamientos estuvieron más centrados en los extraños sucesos que en la conversación de su amiga.

Se desnudó con intención de acostarse y leer un rato hasta quedarse dormida, dobló concienzudamente la ropa sobre una de las sillas.

-¡Mierda!, inoooo!

Clavó las rodillas en el suelo, frente al armario, y no pudo evitar romper a llorar.

-¡Hijos de puta! murmuraba entre sollozos una y otra vez mirando aturrida los otros dos pares de zapatillas anudados entre sí de nuevo.

Capítulo 8

VOCES BAJO LA TIERRA

A las nueve en punto, el cabo Pedro Cañizares abrió la doble puerta del cuartel, salió a la calle y pudo comprobar que el invierno había venido al fin para quedarse; una brisa gélida le cortó la cara y se frotó las manos mientras volvía a resguardarse en la pequeña sala de espera; iba a ordenar las cuatro sillas de madera que había en la salita cuando vio que por debajo de una de las puertas asomaba un trozo de papel. Tiró de él y se encontró con una hoja doblada en tres pliegues, al estilo americano. Empezó a leerla pero apareció en la puerta de su despacho el sargento, que le interrumpió.

-Cañizares, ¿puedes acercarte a por un par de cafés calientes?, hace un frío que pela. Toma te invito a uno. ¿Qué es eso? –Le preguntó señalando la hoja-

-Mi sargento, estaba bajo la puerta, alguien debió meterlo esta noche. Es muy extraño. Tome, voy a por los cafés.

El Sargento Alventosa era un hombre de estatura corta y prominente barriga, a dos años de la jubilación, gastaba ya unos aires calmos en exceso. Pocas cosas le sacaban de su parsimonia y por lo que más prisa se daba era por sentarse ante un buen plato de cocido o un arroz de su tierra alicantina. Tomó el folio que el cabo le entregaba y se metió a su despacho. El semblante le fue cambiando de curioso a asombrado conforme iba leyendo. Se trataba de un anónimo escrito con ordenador, escueto pero enigmático y sentenciador:

“Me dirijo a ustedes con el propósito de aclarar la muerte de Marta Aguirre. Su trágico final no fue ni un accidente ni un suicidio. La señora fue empujada por su marido cuando ésta limpiaba el ventanal del salón. Revisen la coartada de su marido, porque ficharon por él en el trabajo; pero esa mañana volvió a casa a los pocos minutos de salir, sabiendo que había dejado a su esposa sacando lustre a los cristales con los auriculares a máxima potencia. Alguien, presente en el balcón, presenció el homicidio”

Alventosa no sabía qué hacer con aquel escrito, darle crédito a un anónimo para abrir una investigación de un asunto cerrado hacía dos meses, en el que todo parecía tan claro... Bueno yo no tengo porque calentarme la cabeza con esto, pensó, en cuanto llegue el capitán se la

doy y el verá qué hace.

Y el capitán Juárez, tentado estuvo de tirar a la papelera aquel escrito. Tenía seis casos abiertos sin resolver, hacía meses que no descansaba intentando esclarecerlos y ahora solo le faltaba hacer caso a anónimos de sucesos ya cerrados.

No obstante Alfredo Juárez no era un hombre que diera por inútil cualquier pista que le pudiera servir para tirar del hilo de un suceso. Aunque el anónimo correspondía a un hecho resuelto como accidente de hogar, decidió pasar por la casa de la difunta Aguirre, había detalles como el de los auriculares que en principio nadie tenía porque saber.

Le pidió al sargento que le diera toda la información sobre el marido, lugar de trabajo, teléfono y cuanto hubiera en los archivos.

Carlos Carrero, el marido, era empleado en una pequeña empresa de repuestos de vehículos en el polígono industrial de la ciudad. Decidió pasar por allí en primer lugar.

La nave era pequeña, en la puerta principal había un cartel que indicaba el horario y que se tocara al timbre para poder acceder. Alfredo tuvo que esperar unos instantes antes de que le abriera una mujer morena, bajita y regordeta, con enormes gafas y apariencia clara de empleada de oficina.

-Buenos días.

- Buenos días, soy el capitán Juárez, querría hablar un momento con el dueño.

-No está, ayer avisó que hoy vendría tarde.

-¿Algún encargado en su ausencia?

-Yo.

-Está bien, ¿el señor Carlos Carrero está hoy trabajando?

-¿Carlos?, ¡Que va!, en cuanto arregló los papeles del seguro y la herencia de su esposa pidió la baja y ya no ha vuelto por aquí.

-¿Y usted no sabrá adonde se ha ido?

-¡Ni se despidió de sus compañeros, no tengo ni idea!

Ya se despedía cuando recordó algo.

-Perdone, ¿Qué sistema de fichaje usan aquí?

-¡Huy!, un reloj de fichar de los de picar sobre cartulinas.

-¿Entonces pueden ustedes picar en lugar de otro compañero?

-¡Como poder!, hay solo seis empleados, bueno cinco ahora.

Alguna vez sí se tapan unos a otros, aunque siempre a escondidas del jefe claro.

-Gracias, ha sido muy amable señorita. Buenos días.

Cuando el Capitán regresó al cuartel, puso en marcha el operativo para localizar al marido de la difunta Aguirre, la posterior investigación dio como resultado su detención bajo la acusación de homicidio premeditado.

Pero no hubo forma de identificar al autor del anónimo, y nada hacía pensar que alguien presenciara la escena, como en él se decía, y aquello traía de cabeza al capitán, al que no le gustaba nada los cabos sueltos.

Todo se enredó mucho más con el segundo anónimo.

Idéntico al primero, esta vez indicaba claramente el lugar exacto donde se había ocultado el arma homicida que inculpaba directamente, con huellas y ADN, al autor de un robo en un domicilio en el que asaltaron a una anciana, quitándole cuanto tenía de valor y apuñalándola mortalmente después.

-Tenemos que encontrar alguna conexión entre los anónimos, ¡quién coño puede saber que el cuchillo se escondió en el hueco de la persiana empotrada y al mismo tiempo que el marido empujó a su mujer! ¿Qué tienen en común ambos casos?

Todo esto se lo decía el capitán al sargento, aunque en realidad se lo preguntaba a sí mismo, consciente de que el sargento poco iba a aclararle.

-No lo sé mi capitán, la anciana vivía con el nieto, ¿pero qué va a saber el joven del otro caso, si ni siquiera supo lo de su abuela hasta que volvió de la universidad?

-Una anciana y un muchacho en una punta de la ciudad, un matrimonio en la otra punta sin que tengan nada en común; alguien que sabe cómo han sucedido ambos casos... ¡Tiene que haber alguna

explicación!

-Hemos analizado los dos anónimos, han sido escritos con la misma impresora, pero no contienen ni una sola huella.

-Está bien, pide una orden, voy a ir a ambas casas a ver que encuentro. Alguien sabe cosas que no debería saber y nosotros no podemos esperar a recibir mensajitos para solucionar los casos.

-De acuerdo.

El Cabo Cañizares pidió al capitán acompañarle a los domicilios. Primero fueron al del matrimonio, recorrieron todos los rincones durante casi una hora, sin saber exactamente qué buscaban. Se detuvieron sobre todo en el salón, donde la mujer estuvo limpiando los cristales. Era el ventanal de un pequeño balcón, Alfredo estudió minuciosamente cada centímetro, allí no había una tercera persona que hubiera podido ver lo sucedido, como decía la nota.

-¿Vas anotando todo?

-Si mi capitán.

-Bien, apunta, tres macetas con plantas secas, y dos macetas más con dos

árboles bonsáis secos.

-¡Que pena de arbolitos capitán!, debieron ser dos ejemplares bonitos.

-¿Entiendes de bonsáis?

-Un poco, tengo tres o cuatro en casa.

-Bien, continua, una regadera de plástico y una caja de plástico con unos guantes de tela, una podadora, unas tijeras, unos alicates y varias cestas diminutas de plástico....

-Son para colocar el abono a los bonsáis señor. Todo anotado. No entiendo qué utilidad tiene esta lista pero...

-No lo sé -le cortó-, pero por algún lado he de empezar. Vámonos, todavía hay que ir a la casa de la anciana.

Tuvieron que cruzar la ciudad, el capitán no abrió la boca en todo

el trayecto, memorizando, repasando cada detalle infructuosamente.

-¿Quién cojones está detrás de los anónimos? –Dijo en voz alta mientras esperaba que el semáforo cambiara de color-

-No lo sé capitán, pero se me hace raro que uno y otro caso tengan algo que ver.

-¡Es que no lo tienen!, pero alguien sabe cómo sucedieron y tenemos que saber quién es y que más sabe y porqué. No debe haber alguien por ahí que en un momento dado nos pueda dejar en evidencia. Si en lugar de entregarnos a nosotros esos textos, se hubieran hecho públicos en cualquier medio... seríamos la vergüenza de la Guardia Civil.

En casa de la anciana, el joven nieto les atendió servicial. Estaba estudiando en su habitación y a ella se retiró, dejándoles recorrer la casa de punta a punta. Si me necesitan para algo, estoy en la habitación del fondo, perdonen pero tengo exámenes y no puedo perder demasiado tiempo, le dijo a los guardias.

El cabo empezó una nueva hoja de su libreta y fue de nuevo anotando cuanto le detallaba el capitán, en forma de lista a una sola columna. Cuando dieron por terminada la inspección, Alfredo le dijo al cabo que fuera a avisar al muchacho para que supiera que se marchaban.

Regresaron de nuevo al cuartel y ambos estuvieron contrastando las dos listas para ver si había elementos coincidentes que revelaran algo.

-¿Pero que buscamos capitán?

-No lo sé, quizá cosas comunes en ambas listas que pudiera haberles suministrado una misma persona y que por tanto conociera las dos casas.

Pero nada relevante coincidía en las dos listas, y tras dos horas analizando aquella información, ya cerca de medio día, Alfredo decidió tomar un receso para almorzar y despejarse un rato antes de proseguir.

El cabo marchó también a su casa. Su turno había concluido ya y no debía volver hasta el día siguiente. A las cinco de la tarde, después de descansar un rato, salió para regar y revisar su pequeño jardín. Le serenaba mucho pasar un rato entre la buena diversidad de plantas que tenía, era un hobby heredado de su madre y cuando estaba allí le parecía que a través de las flores y arboles podía hablar con ella, sentía que casi le respondía desde donde quiera que estuviera. No me descuides el jardín, le dijo la última vez que habló con ella, el viernes que partía a un

congreso a Paris en un avión que nunca pudo llegar a su destino.

De pronto, allí, frente a sus plantas, una súbita idea le rondó la cabeza, la desechó y luego, tras unos minutos en los que comprobó que le martilleaba incesante, decidió coger el teléfono y llamar.

-Soy Cañizares. ¿Está el capitán en su despacho?

-Creo que sí. ¿Tú dónde estás?

-Yo estoy en casa, pásame con él por favor.

-Ha dicho que no le molestaran con tonterías.

-¡Pásame con él! Si es una tontería ya me la cargaré yo.

-Vale, vale, espera.

-¿Capitán?, soy el cabo Cañizares. He estado pensando que en las listas falta algo.

-¿Falta algo, el qué?

-Creo que en las dos casas hay una cosa en común. Cuando he entrado a decirle al nieto de la vieja que nos íbamos no estaba estudiando.

-¿Y qué?

-Pues que estaba podando un bonsái y he visto que tenía alguno más en la ventana.

-En la otra casa también habían dos bonsáis secos. Pero está muy de moda tener esos arbolitos ¿no? ¿Les puede unir a ambos la afición por ellos?

-No lo sé capitán, pero creo que es lo único que coincide en las dos casas.

-¿Pueden haberlos comprado en el mismo sitio?

-En la ciudad sólo hay una tienda de bonsáis, yo he estado allí muchas veces, aunque también venden en las grandes superficies, pero no cómo los que tenían en ambas casas. O son de este hombre o de alguna otra tienda especializada.

-Está bien, por la mañana vamos a ir a esa tienda.

-Si, mi capitán, buenas tardes.

-Buenas tardes cabo.

A la mañana siguiente llegaron antes de que abrieran la tienda de Bonsáis. Casi media hora tuvieron que esperar hasta que un hombre alto y enjuto, de semblante triste y abstraído aparcaba en la puerta y abría el pequeño comercio.

El capitán salió del coche y lo saludó antes de que entrara.

-Buenos días, soy el capitán Juárez, ¿podría contestarme a algunas preguntas?

-Si, claro -Luego vio que el cabo venía detrás y lo saludó- ¡Buenos días Pedro!

-Buenos días, respondió el cabo. Capitán le presento a Paolo Pina, un verdadero maestro con los bonsáis.

-Bueno, bueno, no es para tanto. ¿Quieren pasar dentro?

Entraron a la parte trasera de la tienda, donde estaban expuestos una enorme cantidad de pequeños arbolitos de multitud de especies, tamaños y formas.

-El capitán fue al grano- Dígame señor Paolo, ¿tiene usted por cliente a un tal Carlos Carrero?

-Pues ese nombre no me suena de nada. Si es cliente esporádico es difícil que me acuerde.

-Y a un joven que se llama... ¿Cómo se llama cabo?

-Luis Fuentes capitán -intervino Pedro-

-Lo siento pero tampoco recuerdo nadie con ese nombre. Me quedo más con la cara de los árboles que con los nombres de la gente.

-Le mostraré una foto del señor Carrero,-sacó una foto del bolsillo de su chaqueta- mire, ¿le dice algo?

-Nada, no creo que este hombre haya estado aquí nunca.

-Hace factura de todos los árboles que vende.

-No, lo normal es sacar un simple ticket de caja. Si se envían por agencia o se venden por internet sí que llevan factura con todos los datos del cliente, pero las ventas que se hacen aquí es raro que me la pidan.

-Está bien, haga usted memoria, si llega a recordar algo, por favor contacte con el Cuartel.

-Por supuesto, tengo también el teléfono de Pedro –dijo mirándole-, no se preocupe que lo haré.

Los guardias civiles se marcharon y Paolo Pina quedó solo en la tienda. Se puso una bata gris y trajo a la mesa del taller una hermosa pyracantha que debía trasplantar. Le quitó la etiqueta con el nombre de la dueña para que no se le extraviara y la sacó del tiesto en la que estaba colocando, sus manos sobre el cepellón de raíces húmedas.

Cerró los ojos y respiró profundamente. Unos segundos después su ceño se fruncía y sus manos temblaban sobre el entramado de raíces. Un sudor frío le recorrió la nuca y después tuvo que apartar las manos del árbol. Era demasiado duro muchas veces, sentir en su cuerpo tanto dolor y en su mente las imágenes, nítidas como en una película, de todo aquello que los bonsáis le transmitían.

Paolo Pina se había hecho con los años un hombre solitario y callado, a sus cincuenta y cuatro años, el pelo ya le pintaba todo blanco pero conservaba una buena melena, demasiado larga y desaliñada. De padre italiano y madre española, siempre pensó que había heredado de su madre un sexto sentido para la jardinería. De su padre sólo heredó el nombre.

Se levantó súbitamente, apartándose del trabajo que había comenzado, se sentía mareado y confuso, pero las imágenes y sonidos que habían pasado por su cabeza eran claras. Se lavó bien las manos y luego se colocó unos guantes de látex, de los que usan los enfermeros.

Una sensación de angustia le revolvía el estómago hasta subir a la garganta, y tuvo que sentarse mientras esperaba que el ordenador iniciara sesión. ¿cómo no había notado nada las veces que había venido a la tienda?, era una clienta de bastante asiduidad, y aunque algo reservada, habían congeniado bien y hasta se mostraba con él muy amable y en algunas ocasiones, en las que no había más gente en la tienda, conversaron largamente sobre muy diversos temas.

Tomó la etiqueta del árbol como buscando respuestas en ella. Eva Rubio, leyó, y la recordó el día que le trajo la pyracantha para que se la arreglara y le cambiara la maceta. Era una mujer de facciones moderadas,

nada resaltaba en ella pero el conjunto era atractivo. Debía tener su edad o algún año menos seguramente. Sintió una profunda rabia pero al mismo tiempo una gran satisfacción porque sabía que gracias a aquel extraño don que la naturaleza le había regalado iba a servir esta vez para evitar, quizás, un fatal desenlace.

Frente a la pantalla del ordenador escribió un breve párrafo de cinco líneas y lo imprimió. Volvió a leerlo sobre el papel, lo dio por correcto y lo dobló en tres partes, al estilo americano.

Era muy temprano cuando llegó a las manos de Alfredo.

-¡Capitán!, las cámaras han detectado esta noche la silueta de quién deja los anónimos por debajo de la puerta, pero es imposible identificarle.

Efectivamente, el capitán revisó el video que mostraba a alguien de una estatura muy pequeña, alrededor de un metro, totalmente enfundado en un mono negro, de los pies a la cabeza. Más parecía una sombra que una persona humana. Avanzaba con una suavidad que le hacía parecer que levitaba, deslizó el anónimo bajo la puerta y se volvió por donde había llegado. Todo en menos de un minuto y a las cuatro de la madrugada.

El Capitán Alfredo Juárez leyó detenidamente el texto y mandó llamar al Cabo Cañizares.

-Buenos días mi capitán, ¿da su permiso?

-Adelante cabo. Hemos recibido otro anónimo, me acompañará enseguida a la calle Goya para averiguar un posible caso de violencia domestica.

-¿Violencia domestica, que tiene eso que ver con nosotros?

-No lo sé, pero antes de pasarlo a los Servicios sociales o la Policía vamos a ver de qué se trata, porque acabamos de recibir un nuevo anónimo y podría terminar en nuevo homicidio si no intervenimos.

-¿Ahora nos avisa antes de que haya sucedido?, esto cada vez es más misterioso capitán.

El capitán cogió el anónimo y la chaqueta y salieron los dos hacia la calle Goya.

-¿Y en el anónimo se dice quien está en peligro?

-Con nombre y apellidos, pero el sargento no ha encontrado nada que vincule a este matrimonio con los anteriores.

-¿Cómo se llama?

-Eva... Eva Rubio

-¿Qué?, ¡Eva Rubio!

-¡No me jodas que también la conoces!

-Creo... creo que si capitán. Y de verdad que esto resulta cada vez más extraño. Hace unos meses, a principio de primavera, hicimos un cursillo de bonsái en casa de Paolo Pina. Allí conocí a Eva, se que se llamaba Rubio porque Paolo nos dio un certificado y la mujer me lo enseñó orgullosa. Debo tener en el móvil alguna foto de ella junto a su espectacular Pyracantha.

-¿Pyrá... que?

-Es una especie de árbol muy bonita, capitán.

-¿Pero que coño pinta el maestro ese de bonsái en todo esto?

-Es muy raro, no lo entiendo en absoluto.

Llegaron al bloque de pisos a que se refería el anónimo, iban a tocar el timbre del cuarto B cuando una vecina salía del portal.

-¿Buenos días señora, el piso de Eva Rubio es el cuarto B?

-Buenos días, si, ¿vienen ustedes por lo de anoche?

-¿Qué pasó anoche?

-¡Ufff! Los gritos eran muy fuertes, y los golpes no digamos, yo creo que medio piso lo deben tener destrozado.

-¿Y porque no avisaron a la policía o a nosotros?

-Iba a llamarlos, pero mi marido me dijo que no lo hiciera, que no era asunto nuestro, que a ver si se enteraba luego el energúmeno ese y la tomaba con nosotros. Mire la verdad es que me da pánico hasta encontrármelo por la escalera.

-¡Pues vaya defensa tiene la vecina! –resopló el cabo-

Subieron sin demora hasta la planta cuarta y llamaron repetidas veces a la puerta. Tras un buen rato se oyó una voz femenina que les preguntaba quienes eran desde el interior. El capitán le pidió que abriera la puerta pero la mujer se negaba porque su marido había salido y le tenía prohibido atender a nadie. Costó trabajo convencer a la mujer de que si no abrían tirarían la puerta abajo, "hemos venido para sacarla de ahí y protegerla, o nos deja entrar o entramos por la fuerza".

Finalmente la mujer abrió. Se la notaba visiblemente nerviosa. El Capitán y el Cabo entraron y cómo ella les decía que su marido estaba al volver pues solo había bajado a por tabaco y leche, decidieron esperarle. Alfredo llamó al cuartel y pidió que enviaran una patrulla al domicilio, pero que no se dejaran ver hasta que él les avisara.

La mujer reconoció enseguida a Pedro pero ninguno hizo gesto de saludarse, sólo el cabo esbozó una sonrisa que pretendía tranquilizarla.

-¿Quién os ha dicho que vengáis?

-Ha sido un aviso anónimo señora.

Eva presentaba clarísimos hematomas en la cara y el cuello, incluso una herida bastante fea en el brazo, que todo el tiempo trataba de tapar con su mano. La casa estaba destrozada, había vasos y vajilla rota por todo el suelo. El cristal de una mesa del salón partido, varias sillas habían volado hasta estamparse contra el televisor y las paredes.

Ante la presencia de los guardias se derrumbó totalmente y contó llorando cuanto le estaba sucediendo, y confirmó que su marido le decía una y otra vez que fuera rezando lo que supiera porque esta era la última semana que estaría con vida, que ya tenía asegurada la forma de deshacerse de su cadáver. Les relató cómo había cambiado desde que perdieron a su hijo en accidente de tráfico, luego perdió el trabajo a consecuencia del alcohol, y todo ha ido en aumento día tras día," me echa la culpa de la muerte de Iván porque dice que yo le dejé comprar la moto" les decía cuando la llave de la puerta giró en la cerradura.

Una enorme mole de 120 kilos entró al salón y cuando vio a los dos guardias, volvió rápidamente sobre sus pasos y cerró la puerta del piso, el cabo le siguió al tiempo que el capitán avisaba a la patrulla para que estuvieran preparados a la salida del edificio. Pero no llegó abajo, porque en el segundo piso, cuando ya casi era alcanzado por Pedro, el individuo tropezó y cayó escaleras abajo los cinco peldaños que faltaban para alcanzar el rellano. Pedro lo esposó y los guardias de la patrulla se lo llevaron.

Paolo hacía rato que estaba trabajando con la *Pyracantha* de Eva. Acarició sus raíces y sonrió feliz. Sabía que iba a ser difícil dar

explicaciones a los agentes, y que nunca podría revelar el don que le fue dado, pero el alivio que sintió al saber que gracias a aquella suerte de herencia materna, había sido posible salvar la vida de alguien, le produjo una satisfacción increíble.